

Inés Garland

Con la espada de mi boca

Inés Garland

Con la espada de mi boca

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleerarg

 @megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Por tanto, arrepíentete; si no, vendré a ti pronto y pelearé contra ellos con la espada de
mi boca.*

Apocalipsis 2, 14-16

I

He aquí, pongo piedras de tropiezo delante de este pueblo, y tropezarán en ellas padres e hijos a una.

Jeremías 6, 21

Bloques inseparables

Abel y Lucrecia, Chacho y Clarisa, Beatriz y Esteban, Alicia y Cristian. Los Varela, los Correa, los Báez, los Dumont. Los amigos de mis padres venían todos de a dos. Eran como casas. No podía imaginármelos a cada uno por su lado. A veces, desde los asientos de adelante del auto me llegaba uno de sus nombres, suelto, pero en seguida venía el otro, como si no pudieran estar alejados por mucho rato. Si mi mamá le estaba contando a mi papá algo de uno de ellos, no pasaba mucho hasta que apareciera el de al lado, lo traía ella misma o mi papá preguntaba. Si Lucrecia hacía algo, a Abel le pasaba algo que estaba ligado a lo que había hecho Lucrecia. Así era con cada uno de ellos. Mis padres eran Caio y Elena, los Aranguren. Bloques inseparables.

Alicia y Cristian no habían sido siempre un bloque. Ella había tenido un marido antes y tenía tres hijas de ese marido que no habíamos conocido. Macarena, la hija mayor de Alicia, tenía catorce años, dos años más que yo. Cristian no era el padre, pero en esas vacaciones era el que le daba permiso o no le daba permiso de ir a la playa, el que la dejaba o no caminar por la calle principal del pueblo, el que le daba plata para tomar un helado. Si Cristian le ponía un límite de horario a la noche, si no la dejaba salir con esos shorts o la retaba por ponerse esa bikini tan chica, si era a Cristian al que había que pedirle permiso, el que dormía con la mamá y el que había alquilado la casa, Cristian era, a los efectos, el padre.

Mi papá decía: Macarena le tira el cuerpo encima. Macarena lo busca.

Macarena le pedía a Cristian que le pusiera bronceador en la espalda, más abajo, más arriba, menos bruto, acá te olvidaste. Y se alejaba moviéndose de una manera que no era la de sus hermanas más chicas y no era la de mis hermanas ni la mía. Tampoco era la de mi mamá ni la de Alicia.

Es flagrante, decía mi papá, lo va a volver loco.

Mi mamá ponía una cara que yo había aprendido a leer hacía mucho tiempo. A mí esa cara me paralizaba en el acto. No creo que Macarena la supiera leer, de haber sabido, no sé si le hubiera importado. Era un huracán. Se reía con todo el cuerpo, se levantaba el pelo para dejar al descubierto el cuello y lo soltaba de golpe. Tenía la piel luminosa por el sol, los hombros redondos le brillaban a la luz de las velas cuando salíamos a comer al chiringuito de la playa. Algún hombre de otra mesa se llevaba por delante la copa, volcaba el vino.

Mi mamá y mi papá la miraban y después hablaban. Yo no sé cómo Alicia no hace algo, decía

mi mamá.

Después vinieron las lluvias, los cortes de luz. Días y días de lluvia. Macarena se escapaba a fumar y me invitaba. Fumaba muy rápido, una pitada detrás de la otra. Movía la mano frente a ella para alejar el humo. Para que él no me huela, decía. Y se sonreía. A veces tosía. La tos es asquerosa, decía. Muchas cosas le parecían asquerosas.

Al anochecer jugábamos todos juntos a la podrida a la luz de tres faroles de kerosén. Macarena pedía siempre bazas de más. Todos se enojaban con ella. Es imposible calcular si pedís así, decía Cristian. Se sentaban uno al lado del otro y ella se recostaba en la silla para espiarle las cartas. Vas a romper las patas de esa silla. Se peleaban, ella lo empujaba con el cuerpo, decía que él le quería espiar las cartas y se giraba para enfrentarlo, se apoyaba las cartas en las alas abiertas de las clavículas y lo miraba por encima del abanico de florilegios azules o rojos. Esta es la imagen que se detiene para mí: mi papá con un whisky en la mano mira a Macarena. Mi mamá con las cartas apoyadas en la mesa, levemente levantadas, mira a Macarena. Alicia acaba de sacar una carta del mazo y la mantiene suspendida mientras parece buscar dónde va. No levanta la vista de las cartas en su mano. Alicia no mira a Macarena. La pelusa del brazo desnudo roza el brazo áspero de pelos negros de Cristian.

Nos bajamos una botella de whisky, dice mi papá.

A la hora de dormir los pisos de madera crujían, las camas crujían, las puertas crujían, se abrían y se cerraban canillas, se podían reconocer las voces y los tonos amortiguados detrás de las paredes. A veces me quedaba dormida antes de que se hiciera silencio.

Después dejó de llover. Había llovido durante diez días seguidos. Todo estaba mojado. Los cinturones y las sandalias de cuero tenían moho. El jardín se llenó de ropa tirada sobre el pasto como si tuviéramos que mostrarle al mundo nuestras cosas.

Macarena puso a secar sus bombachas en el pasto, dijo mi mamá.

Cristian se las hizo guardar, dijo mi papá.

No sé qué decía Alicia. Ella que hablaba tanto siempre, que habló tanto después, parecía haberse quedado muda. Si me esfuerzo, la recuerdo con unos anteojos muy grandes que le tapaban la cara. Pero tal vez ese recuerdo es de una de las fotos de algún otro verano.

No supe cuándo pasó.

Yo no voy a declarar en el juicio en contra de mi amigo, decía mi papá.

Alicia llamaba todos los días.

Me agarrás con una pata afuera, decía mi mamá a veces. Pero después se quedaba sentada en el living y lo llamaba a mi papá por teléfono. Alicia dice que él le echa la culpa a la chica. Nosotros la vimos, un mono con navaja. ¿Sabés qué dice? Que todas prueban sus armas a esa edad. Bueno, es la madre, qué querés que diga.

A veces se reían, pero no eran risas alegres. Eran risas que yo les conocía bien, más parecidas a una tos, atragantadas.

Alicia y Cristian se separaron.

María se casa de apuro, dijo mi mamá, pobres Beatriz y Esteban.

¿Cuántos años tiene?

Tenía diecisiete. Se habló mucho de María Báez en esos días. Decían cosas que yo no entendía del todo. Mi mamá decía que desde chiquita, que miraba muy fuerte, que nunca hizo caso, que ya a los trece. Pero no terminaba las frases y mi papá decía *you bet*. Yo sabía que eso significaba que estaba totalmente de acuerdo y me preguntaba con qué exactamente estaba de acuerdo si ella no terminaba las frases. Los dos la habían visto a María con el novio, en la quinta, un par de veces, en el cumpleaños de Beatriz y la vez que vino el francés, que también estaba como loco. Ella no le sacaba las manos de encima al novio. Lapas. Y el francés cómo la miraba. Era tremenda. Lo decían en pasado, como si María se estuviera por ir para siempre, como si se estuviera por morir.

Una tarde mi mamá me llevó a la prueba de vestido. María no se miraba en el espejo, y Beatriz le daba indicaciones a la modista.

Esta es la imagen que se detiene para mí: estamos comiendo esa noche en casa. Mi papá no se sacó la corbata, pero se la aflojó y se abrió el primer botón. Mi mamá le pide a Gladys que le ponga unos hielos a la jarra de agua. Nunca en mi vida vi una novia más triste, dice, y se interrumpe porque Gladys vuelve con la jarra de agua. Mamá nos mira. Mis hermanas comen en silencio, la menor tiene el codo sobre la mesa. Bajá el codo, le dice mi papá como si hubiera estado mirando por los ojos de mi mamá. *Quite convenient, I must say*. Yo ya sé lo que quiere decir porque lo busqué en el diccionario. Bastante conveniente, dice ella, lo que no entiendo es qué es lo conveniente. Beatriz y Esteban deberían brindar, dice mi papá.

Y yo entiendo que lo que hablan no se trata solo del embarazo o del casamiento, y no puedo dejar de pensar en María, en las manos de la modista que junta el raso color marfil en un puñado y lo aprieta contra la cintura de María, hacemos un drapeado acá y con el corte princesa, no es cuestión de que la haga gorda, pero mire así, mire así. Y los ojos de María en la alfombra a los pies del espejo.

Los Correa y los Varela eran parientes. Las dos mujeres eran hermanas. Los Varela tenían dos hijas. Los Correa, ocho hijos, todos los que Dios mande. También tenían una quinta a la que íbamos muchos fines de semana. Dolores era la hija mayor de los Varela.

Un avión, decía mi papá.

Y una santa, decía mi mamá.

Pero cuando Dolores cumplió diecisiete, cambió. Dejó de ir a los retiros de la Acción Cristiana de Jóvenes, no pudo dejar de ir a misa porque la habrían echado de la casa, pero se negaba a

cantar y no tocó nunca más la guitarra.

Algo le pasa, decía mi mamá al principio del cambio.

Porque no ayudaba ni cuando la madre se lo pedía, se pasaba todo el asado conversando con el tío Chacho al lado de la parrilla, le robaba tragos de vino cuando no la miraban, después se reía fuerte y muchas veces, durante el almuerzo, entraba en unos silencios tan evidentes que era como si se hubiera rodeado de una membrana y estuviera incubando algo ahí adentro. El tío Chacho había tomado la costumbre de chasquearle los dedos en el aire frente a la cara.

Volvé, Dolores, volvé, decía, y todos se reían y ella se quedaba mirándolo como si estuviera leyéndole los labios.

Es la edad del pavo, decían mis padres.

De Chacho Correa llegaban muchos chismes al asiento de atrás. Las palabras llegaban sueltas, en los embotellamientos, en los semáforos, pero esa primavera podía distraerme mirando los jacarandás a través de la luneta inclinada del auto, los retazos de información eran largas tiradas durante las comidas en casa. Mi mamá estaba imparabile y perdió el control que siempre había tenido frente a nosotras sus hijas, la discreción y la prudencia de sus frases en francés, *les filles*. Esas éramos nosotras, *les filles*. Cuando una frase de mi papá quedaba cortada por *les filles* era señal de que me acababa de perder un chisme jugoso. ¿Qué estaría haciendo Chacho Correa para que mi mamá no pudiera contenerse?

Anda en algo.

Ella pensaba que mi papá tenía que saber, pero él no era de los hombres que salen de tragos con sus amigos. A mi papá no le gustaba el fútbol, no iba a misa, no se duchaba en los vestuarios, no tenía noche de póker. Chacho era amigo de Abel Varela, del Talo Cambaceres que era divorciado y salía con una pelirroja, de los padres del grupo de la Acción Cristiana que Dolores había abandonado, pero no era amigo de mi papá. O por lo menos no era amigo de contarle en qué andaba.

¿En qué querés que ande Chacho?, decía mi papá.

Pero mi mamá sí era amiga de Clarisa Correa, y Clarisa Correa decía que su marido andaba en algo.

Si sabés algo, contámelo, Caio. Te juro que no se lo voy a contar a Clarisa, decía mi mamá.

Con lo chupacirios que es Clarisa, merecería que Chacho anduviera en algo, decía mi papá. Mi mamá se enojaba. Y una vez mi papá repitió “chupacirios” y se empezó a reír hasta que mi mamá se tentó también. Me gustaba mucho cuando se reían.

“Ha sido siempre una convicción de la Iglesia que Dios ha dado al hombre la capacidad de llegar con la luz de su razón al conocimiento de verdades fundamentales sobre su vida y su destino y, en concreto, sobre las normas de su recto obrar”, decía el cuadrado en la pared del pasillo frente al baño de visitas de la quinta de los Correa. Me lo aprendí de memoria porque no lo entendía. Entendía las palabras, pero no el sentido de la frase.

Qué horror, dijo mi mamá.

Qué horror.

Los encontraron al final de la Costanera, el auto andando, la manguera metida por la ventana. Ella estaba de costado, como si le hubiera estado leyendo los labios hasta último momento.

Lo supe muchos años más tarde, como tantas cosas. Cuando los bloques que seguían juntos ya mostraban todas sus fisuras, cuando hacía tiempo que había descubierto que los matrimonios se hacían daño, cuando todos los hijos de los Correa se habían casado, algunos se habían divorciado y vuelto a casar, y Clarisa se pasaba largas temporadas en la cama, cuando los hijos de María Báez se habían ido a vivir al extranjero, cuando Macarena ya tenía cuatro hijos con el que fue después de aquel verano su primer novio.

También era verano cuando mis padres se la encontraron por la calle.

Con lo linda que era a los diecisiete, dijo mi mamá.

Amatronada, dijo mi papá.

Evitar la ocasión, 1978

En lo único que no pensó fue en eso. Todos se lo dicen como si fuera lo que está primero en la lista, lejos de todo lo demás. Andan buscando a quién echarle la culpa. A veces parece que eso es lo único que importa. A lo mejor él también está buscando a quién echarle la culpa.

El padre y la madre se fueron al campo y él se quedó solo en la casa. Ahora le dicen: ¿cómo se te ocurre? Y él dice: ¿cómo no se me va a ocurrir? En las fiestas las chicas no se dejan abrazar fuerte. Él cree que es por lo que van a decir las demás, que aunque la que está con vos se dé cuenta de que solo querés estar con ella porque no la dejás bailar con ninguno de los que vienen a sacarla, aunque lo sepa perfectamente, igual te encaja la mano en el hombro y te empuja. Que ni con la luz negra aflojan. O hacen cosas raras. Te abrazan de arriba pero sacan la cola para afuera y que no se te ocurra arrimarles el cuerpo de la cintura para abajo porque las de la pared entran a zumar como si alguien hubiera metido la mano en un panal. Él a María la invitó al Itaipark, a comer hamburguesas, a caminar, bailó con ella en todas las fiestas, la llevó a lo de sus amigos, la invitó a su casa los domingos. Hizo de todo. Avanzaban un poquito por salida, pero de repente se iba todo para atrás. Él sospechaba que cada tanto la madre le hablaba a María, él se daba cuenta porque hasta la cara le cambiaba esos días. Una vez María le confesó que la frase favorita de la madre era “Hay que evitar la ocasión”. Que la madre machacaba y machacaba con esa frase. Los Báez tienen cinco hijas mujeres. Muchas ocasiones hay que evitar en esa casa. Son todas lindas. Para él María es la más linda, y nunca le gustó tanto una chica como le gustó ella. Hasta el padre de él se dio cuenta de cuánto le gustaba y empezó a machacar también, pero con otras cosas. Le decía salí, divertite, no te enganches. Hace dos años el padre hizo un viaje a Bariloche con él y el hermano mayor con la misión encarecidamente encomendada por la madre de hablarles de sexo. Composición tema “Cómo cuidarse”. El padre los subió al auto y manejó los mil cuatrocientos kilómetros sin decir una sola palabra. A la vuelta se rompió el parabrisas en la ruta del desierto y los mandó a la parte de atrás para que no se murieran de frío. De sexo, ni una palabra.

La noche que invitó a María a su casa, él no pensó que las cosas iban a llegar tan lejos. Se le ocurrió invitarla a comer porque le pareció que a ella le iba a gustar, y él tenía ganas de estar con ella los dos solos. Puso un disco con una letra estúpida que se había aprendido de memoria porque veía que la madre se sentaba en el sillón y lo ponía diez veces seguidas, hasta veinte. La madre llegaba de la calle y se sentaba a escuchar el disco. En la tapa del disco había un tipo

ridículo con un jopo y una sonrisa falsa y una voz de caramelo de leche pegado a la muela. Eres mía y estaremos juntos por la eternidad, eres mía, tus labios son míos, por toda la eternidad, soy feliz de tener todo lo que tengo, siempre serás mía, eres mía, nena y siempre lo serás y otra vez lo de eres mía y estaremos juntos por la eternidad. Y él no sabía qué le hacía la eternidad a su madre, pero pensó que a lo mejor era una cosa de las mujeres y le puso el disco a María y la sacó a bailar ahí, en el living. Y no se había equivocado en sus suposiciones.

Ni sabe en qué momento se acabó la música. Se dio cuenta de que estaban en silencio cuando ya se había sacado la camisa y ella la blusa y él le desabrochó el corpiño y sintió las tetas desnudas apretadas contra él. De solo acordárselo se vuelve a quedar como esa noche que no puede explicar, ni siquiera sabe qué palabras ponerle a eso pero lo que sabe, dice, es que el que sepa parar ahí es un monstruo. Si le decían que si seguía se iba a morir, hubiera contestado que morirse se iba a morir si no seguía. No podía ni respirar. Quería partirla como una nuez y comérsela. Algo así. Si le hubieran dicho lo que iba a pasar, no paraba. Ahora le dirán que está loco y que cómo puede decir una cosa así. Pero él sabe que no habría podido parar. Ella tampoco quería parar. Ninguno de los dos quería parar. Era eterno eso, esas ganas de agarrarla y meterse dentro de ella, y ella también parecía otra, se le había hinchado la boca, tenía algo en la mirada que él nunca le había visto, una manera de mirarlo como si ella también quisiera meterlo entero dentro de ella a través de los ojos y se pegaba a él, era como si no hubiera habido nada de ellos que no estuviera tocándose, ella le enroscaba las piernas alrededor de las piernas, se cayeron al piso o se tiraron. Piensa ahora que se podrían haber desnucado y su cuerpo hubiera seguido. Sin cabeza, como esos bichos religiosos, él hubiera seguido. Ahora que lo piensa decide que es un error evaluar las cosas parado en otra parte que donde uno estaba cuando las hizo. Todos le hablan como si él hubiera podido hacer algo diferente. ¿Acabar afuera? ¿Acabar afuera? ¿Dónde? No había adentro y afuera. No había antes y después. No había ella y él. No había nadie ni nada que no fuera eso que ahora tiene nombre y antes tuvo nombre y que en ese momento no tenía nombre porque no había palabras y nadie puede decir de verdad qué es ni cómo porque no es una mariposa que se pueda clavar en un corcho, ni un sapo disecado en el laboratorio, ni un dibujo, ni siquiera palabras que hace no sé cuánto rato que está tratando de ponerle y lo único que logra es que el cuerpo entre ahí aunque sea a través del recuerdo y él sepa que no podría haber hecho nada distinto. No en ese momento.

La madre de él dice que María es una mosquita muerta igual a su madre. Dice que María lo enganchó. Lo dice como si ellos, su familia, tuvieran algo que María y sus padres quieren, como si lo hubieran planeado los tres, los ocho, porque ni las hermanas de María se salvan. De escucharla a la madre, él o cualquiera que la escuchara, se imaginaría a las cinco hermanas planeando cómo volverlo loco, cómo sacarle las semillas para atraparlo. Las convierte en monstruos calculadores. Él se pregunta qué diría su madre si hubiera visto al monstruo después de lo que habían hecho, cuando volvieron de ese lugar donde habían estado los dos que no era en la alfombra de la casa de

él ni en ningún lugar conocido, qué diría si hubiera visto la cara de susto de María, los ojos brillantes de lágrimas, si hubiera visto cómo se pusieron a refregar la alfombra como posesos y ella no paraba de decir papá me mata papá me mata mamá me mata. Lo que les había pasado les quedaba lejos, como si les hubiera pasado a otros, se les vinieron encima los padres y el colegio y los curas y las monjas y los preservativos que no habían usado y el olor a lavandina y el pegote y ella corrió a vestirse pero se olvidó el corpiño y después él estaba agachado frente a ella, limpiando con ella la alfombra y le veía dentro de la blusa abierta las tetas que se hamacaban con el movimiento del cuerpo, el vaivén que limpiaba y lloraba, él quería decirle que dejaran todo y se fueran lejos, que dejara la mancha, que dejara la ropa, que lo envolviera con las piernas con los brazos con el pelo, que dejara que la mirara, la boca, que lo dejara meterse otra vez dentro de ella, sentir cómo lo apretaba ahí abajo como una anémona, que volviera a sollozar, a besarlo, a decirle mi amor mi amor mi amor con la voz de la boca hinchada y la mirada esa nueva toda para él.

Pero no sabe si ahora, alguna vez, volverá a ser así.

La mujer de la esquina de la estación

En esa época no había tanta gente en la calle. No se le había ganado el terreno al río, y se podía bajar hasta la costa, caminar entre las casas cerca de la orilla, saludar a los ribereños. No era peligroso. Clara Correa les había soltado la soga a los hijos mayores hacía algunos años, no había tenido la necesidad de estarles detrás para saber adónde iban o qué hacían a la tarde cuando volvían del colegio. Esos hijos ya estaban en la facultad. Lorenzo era el cuarto de nueve hermanos y acababa de cumplir catorce años. Volvía a la casa en tren desde los ocho porque nadie tenía tiempo ni ganas de buscarlo a la salida del colegio, y había sido peor dejarlo esperando en las escaleras tardes enteras cuando sus hermanos se olvidaban de él. A él le gustaba volver en tren. A veces, en los primeros años, se quedaba dormido y se despertaba en la estación de Tigre, pero también eso había dejado de importarle. Se acostumbraba a todo. Le gustaba mirar a la gente, les inventaba historias, se imaginaba que les hablaba, que las mujeres lo dejaban sentarse cerca de ellas, o hasta le pasaban un brazo sobre los hombros como si lo conocieran.

La mujer de la esquina de la estación era fea. Una mujer como una maza, con piernas fuertes y espalda ancha, sin cintura. Estaba parada siempre ahí, a tres cuadras de la casa de los Aranguren, en la calle por donde pasaba Lorenzo cuando volvía del colegio.

La primera vez que la vio, no la saludó. Algo en la mirada de ella lo obligó a bajar los ojos, y casi sin pensarlo cruzó la calle. Le pareció que ella lo seguía con la vista, y dio vuelta en la primera esquina, tomando un camino que no le convenía, solo para quitarse de encima la sensación de que lo seguía mirando.

Pero también a ella se acostumbró. Terminó por saludarla, primero con la mano, desde la vereda de enfrente, y un día no cruzó y se acercó y se quedó parado ahí, sin saber qué hacer, sonriéndole.

—Es un lindo nombre Lorenzo —es lo único que se iba a acordar que le dijo ella la primera vez que hablaron.

Algo más le debe haber dicho porque terminaron en una casa vieja con muchos cuartos y olor a lavandina y a un perfume muy dulce; una casa húmeda, cerca del río, con las persianas siempre cerradas.

Se imagina que ya esa primera vez le pagó.

Los recuerdos solo se ordenan para poder contarlos. La mujer se llamaba Sheila. Nunca llegó a

verla hermosa, eso sería demasiado. Pero le gustaba acariciarla, sobre todo en esos primeros tiempos, cuando él acababa muy pronto y le sobraba turno. La piel de Sheila era fresca y tirante, y muy suave. Y a veces, cuando el día de colegio había sido difícil o había tenido deportes, se quedaba dormido, y ella se sentaba en la cama, a su lado, pintándose las uñas o mirando la pared en silencio. Cuando se despertaba y la encontraba ahí, en la penumbra, tan callada y cercana, la veía casi hermosa. Aunque no, no era eso, era otra cosa, algo que sentía en el pecho, un nudo que se desataba.

—A las lindas las tenés que tratar como si fueran feas. Los hombres creen que las lindas no les van a dar pelota. A algunos eso les da rabia y se hacen los interesantes o las tratan mal. Los otros se babean. ¿Vos conocés el dicho? ¿La suerte de la fea la linda la desea? Las lindas no quieren que las trates distinto. La pasan mal. Vos a Macarena te le acercás así como te acercaste a mí. La saludás, le hablás normal. La mirás con esos ojitos que tenés, y cuando puedas le das un beso.

Lo hacía sonar fácil. También le enseñaba otras cosas, del cuerpo de las mujeres o del suyo. Eso no era hablando. Era metiéndose en unos lugares donde él se perdía. Al principio se asustó. Estaba seguro de que su madre se iba a dar cuenta. O sus hermanas mayores. Era imposible que no lo vieran. Él mismo se lo veía en el espejo de su casa. No podría haber dicho exactamente qué era, pero hasta la voz le había cambiado, la forma de moverse. Él lo sentía, sentía su cuerpo, las maneras de su cuerpo. Todo el tiempo. En el viaje en tren apenas podía disimular lo que le pasaba. Se tapaba con la valija, asustado de que las otras mujeres pensarán que era un degenerado. Sheila estaba ahí todas las tardes.

Los ahorros se le acabaron pronto. Sheila le fio. Pero una semana o dos más tarde, un jueves, no estaba en la vereda esperándolo. Pensó volver a su casa, ya la vería al día siguiente. Pero con cada cuadra que lo alejaba de la casa de las persianas cerradas, la idea de entrar a la suya, de prepararse algo de comer y empezar a dar vueltas, porque qué otra cosa iba a hacer sino dar vueltas, subir y bajar las escaleras, entrar y salir de los cuartos, qué otra cosa podría hacer con el nudo que tenía en el estómago, y en la garganta, jugaría a la pelota en el jardín, se pondría a lijar el portón, saldría a caminar por el río, no, se desarmaba. Se estaba desarmando.

Llegó corriendo a la casa de las persianas cerradas y otra de las chicas lo dejó entrar.

—Sheila está ocupada —dijo.

Puedo esperarla. Podía esperarla ahí sentado. Pero cuando la chica se fue él quiso pararse en el pasillo frente a la puerta. Era amarilla la puerta. Él nunca había visto que la puerta fuera amarilla.

Tenía hambre. Los gruñidos de su estómago parecían magnificarse en la oscuridad del pasillo. Se escuchaban voces detrás de las puertas, pasos, crujidos. Se fue tranquilizando porque sabía que Sheila iba a abrir la puerta y lo iba a tomar de la mano y lo iba a llevar a la cama. A lo mejor le fiaría dos turnos.

La puerta se abrió. El hombre que salía se dio vuelta para mirar a Sheila.

—Hola, perrito —le dijo ella.

Nunca le había dicho perrito.

El hombre era flaco y viejo. Tenía un dejo de desprecio en la boca, tal vez por encontrarse con él parado ahí con esa cara de hambre.

Sheila le dijo, después, antes de acompañarlo a la puerta, que ya no le podía fiar más. Ese había sido el último turno que podía darle. No era decisión de ella, dijo. Él no pudo imaginarse quién más podía haber tomado una decisión así, pero sabía que tenían razón. No tenía forma de pagarle. Hacía unos meses el padre le había suspendido la mensualidad.

Pensó en volver caminando del colegio y ahorrar la plata del boleto, pero desde el centro había un trecho larguísimo. No tenía dudas de que lo podía hacer, pero no le alcanzaría el tiempo antes de volver a su casa a la hora de la cena.

Entonces pensó en robar. Su madre era desordenada con la plata y dejaba la billetera en cualquier parte. Lo iba a hacer de a poco. Nadie se iba a dar cuenta. A los casi quince años era injusto no tener un peso partido al medio, nadie le había explicado por qué. Todos sus amigos recibían mensualidad.

Le faltaban dos meses para cumplir dieciséis cuando la madre finalmente se dio cuenta de que alguien le sacaba plata de la billetera. Lo comentó en la mesa, el domingo al mediodía, después de misa.

—No lo puedo creer —dijo.

Lo que no podía creer era que Isolina —nuestra mucama de toda la vida, como le dijo esa noche, como le decía siempre, seguramente, pero a él esa noche la frase le pareció rara aunque era cierto para él, Isolina había estado ahí desde antes de que él naciera, había estado ahí toda su vida, pero no toda la vida de su mamá o de su papá, ni siquiera de sus hermanos mayores— que Isolina fuera capaz.

—Hay que echarla —dijo el padre.

Él quiso decir que era él el que sacaba la plata de la billetera, quiso decirlo pero no lo dijo. No lo dijo ahí, frente a sus hermanos y a su padre, porque pensó que se lo iba a decir después a su madre, más tarde, antes de irse a dormir, al día siguiente, antes de irse al colegio, a la tarde, cuando volviera directamente sin irse con Sheila. Pero se fue con Sheila. Y le pagó con la plata robada. Y escuchó detrás de la puerta los sollozos de Isolina y a su madre que le decía que el robo era lo único que no se podía tolerar, y el llanto de Isolina cuando decía yo no fui, señora, le juro que yo no fui.

Escuchó con la mano en el bolsillo, muy quieto y silencioso, con el puño cerrado alrededor de los billetes arrugados, húmedos de sudor.

La colorada

No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre; es la desnudez de tu padre.

Levítico 18, 6-18

Se levantó viento y las olas crecieron en la oscuridad. El farol de la calle se balanceaba a un lado y a otro barriendo de luz la fina capa de arena que volaba a ras del camino. Los postigos abiertos de las ventanas que daban a la galería tiraron de los ganchos con un golpe metálico. Pero lo que despertó a Julián fue el ruido de cosas que se estrellaban contra la pared. A lo mejor ella había gritado antes. Siempre empezaba gritando. Después, si él no se levantaba y hacía algo para que no siguieran peleándose, ella se pondría a gritar otra vez. Julián se levantó y fue a la cocina.

Su padre estaba parado con las manos sobre la mesada. Cualquiera que lo hubiera visto sin sonido, sin verla a ella, hubiera pensado que estaba conversando tranquilo o mirando cocinar a alguien, a una mujer posiblemente, a una mujer amada, aunque esto último habría durado poco porque la mirada era dura, cargada de un hastío que levantaba una pared que ella, tal vez, estaba tratando de romper.

Apenas vio a Julián, ella se puso a llorar. Tu padre, tu padre, decía, pero no acababa de decir lo que quería decir y el padre no se movía, y Julián se acercó a ella y ella dijo cosas; él también dijo cosas que después, nunca más en su vida, podría recordar. Pero supo siempre que eran cosas un poco inconexas donde lo único que tenía importancia era el tono, como si hablara con un perro que no decodifica el lenguaje pero entiende claramente el calor de la voz. Ella, entonces, se calmó y se acercó y se refugió en él, acaso entrando en un espacio que lo rodeaba y donde ella se sentía a salvo. Le tiró los brazos al cuello. Él miró a su padre. Su padre soltó un bufido y se dio media vuelta y lo dejó solo en la cocina con ella, con la pelirroja del demonio que lo había separado de la madre de sus hijos, de su mujer a los ojos de Dios.

¿Adónde vas, Talo?, dijo ella.

El padre no contestó. Se escuchó la puerta de entrada y una ráfaga de viento con olor a sal y a pescado muerto entró en la casa.

Julián la llevó a uno de los cuartos del piso de abajo porque ella se lo pidió. Tal vez hasta la

ayudó a acostarse, aunque no pueda recordarlo. Seguramente le acomodó las almohadas y pensó que se quedaría en la cama de al lado velando por su sueño. Cree que ella hasta durmió un rato.

Afuera el viento soplaba con tanta fuerza que hubiera sido imposible estar en la playa sin llenarse la boca de arena. Julián cerró los postigos, uno por uno, recorrió la casa tirando de las aldabas, girándolas, los postigos del living, los de los cuartos de arriba, los de la cocina. Los iba cerrando y ella dormía. O eso creía él.

Cuando fue a ver si era así, ella tenía los ojos abiertos y lo miró. Había llorado, pero ahora estiró los brazos como si le suplicara algo que él no podía dilucidar. Qué. Qué querés, le quería decir él desde el vano de la puerta, con la casa entera detrás, los postigos cerrados contra el viento, los cuartos a oscuras. Pero se acercó y se sentó en el borde, a medio camino entre la cabecera y los pies de la cama, muy en el borde, casi cayéndose.

El movimiento que hizo ella fue rápido. Lo enganchó con las piernas como en una toma de yudo y lo abrazó con los pies. Y al mismo tiempo, o por lo menos así le pareció a él, se sacó la camisola, dejó el torso desnudo, la piel muy blanca, las pecas, los pezones rosados, y las piernas que le abrazaban la espalda, la falda se había deslizado y estaba toda junta ahora arrugada, apilada, y ella tenía las piernas blancas abiertas, la piel suave del interior de los muslos expuesta, y tiraba de él con fuerza, los pies de canto, los huesos de los tobillos contra la espalda de él. Cuánta fuerza eran capaces de hacer esas piernas tan suaves.

Fue como caerse. Un enchastre. Todo afuera, en la sábana y sobre sus propias piernas, en los muslos, no la había llegado a besar ni a tocar, no había querido mirar, pero había mirado. Debajo de la falda, ella estaba desnuda. Ahora se desenredaba y se ponía de costado, se hacía un ovillo. Y él seguía ahí sentado, desbandado, sin mirarla.

Andá a dormir a la cama de al lado, dijo ella.

El padre volvió a la madrugada. Le agradeció que la hubiera acompañado para que no enloqueciera. Tampoco era cuestión de que se pusiera a golpearse contra las paredes, dijo.

Al día siguiente se volvió a Buenos Aires y lo dejó ahí con ella. Todo el mes de enero.

Nunca más me tocás un pelo, dijo Julián el primer día sin el padre.

Ella no se le acercó nunca más, pero él nunca pudo alejarse del todo, ni siquiera cuando dejó de verla para siempre. Colorada del infierno.

El rumbo

Durante años va a evitar la bajada, la esquina esa tan difícil de evitar. A veces va a pensar en ella por una cara o un gesto o porque una mujer le cuenta cómo fue su primer amor o porque alguien cuenta una fiesta o una borrachera o alguien, otra mujer o la misma, le pregunta, en una de esas conversaciones en la cama a oscuras, si alguna vez chocó. Ciertos días le va a parecer que esa esquina es todas las esquinas, que ese barrio es ineludible, que la avenida lo obliga a pasar por ahí aunque no quiera. A veces va a preguntarse por qué. Esa pregunta se la va a hacer en los días en que sienta pena por sí mismo. No van a ser muchos. Más bien va a preferir la melancolía sin causas aparentes.

Muchas veces la memoria le va a hacer trampa. Va a empezar riéndose de las noches de la adolescencia, de su inseguridad, de lo pesado que se puso con la chica que le gustaba. Algunas veces va a decir que le gustaba solamente, lo va a decir liviano y riéndose, pero la historia se va ir desplegando hasta obligarlo a reconocer que estaba enamorado, va a decir entonces “como un estúpido”, nunca va a decir que estaba enamorado como se enamoran los exagerados, ni siquiera va a decir “hasta las patas”, que no tiene en las palabras el peso que tendría si uno pudiera pensar que significa que se está enamorado con todo el cuerpo, que no es solo el corazón o el pecho, ni siquiera la cabeza y los pensamientos, es todo el cuerpo, hasta las patas, hasta los dedos del pie, una persona que ocupa todo lo que uno es. Mucho menos va a usar la palabra obsesionado. Nada de eso se le va a cruzar por la cabeza. No va a ser solamente esa noche la culpable de que nada de eso se le cruce por la cabeza. Va a ser la vida, otros amores fallidos, algo anterior que no querrá nunca rastrear. Va a ser el alcohol, que aprenderá a tomar en mayores cantidades que la de esa noche, cantidades mucho mayores aunque tampoco se podría rastrear bien por qué toma tanto alcohol después, y decir que es por lo que pasó esa noche sería simplificar las cosas. Todo se suma.

Él sabía que la chica iba a estar en la fiesta. Le robó el auto a su padre para impresionarla. Su padre ni se iba a dar cuenta. También le robó una petaca y la llenó hasta el borde de grapa porque sabía que le iba a dar demasiado miedo acercarse a ella. Se escondió en el baño a tomarla hasta que se le acabó y después empezó con la cerveza. Entonces ya podía acercarse sin darse demasiada cuenta de que tambaleaba, de que a ella no le gustaba que le acercara la cara tanto para hablarle, él tenía aliento a alcohol y ella no estaba borracha, bailaba con unas amigas y se hacían

caras, pero él no veía las caras, él se quería arrodillar, abrazarle las piernas, llorar, pero tampoco había perdido a tal punto el sentido del ridículo. Entonces se acercaba y se alejaba con cada rechazo y se quedaba bailando por ahí cerca, tratando de enfocarla. No bailaba, si hay que decir la verdad, se movía con los pies clavados en el piso porque apenas levantaba uno, perdía el equilibrio. Y de pronto decidía que ya había pasado demasiado tiempo sin decirle que la amaba y con un esfuerzo de voluntad extraordinario, se acercaba a ella otra vez y le preguntaba si quería bailar con él. No, ella volvía a decir que no y las amigas hacían caras. ¿Por qué *no*? La última vez que se habían cruzado ella lo había mirado de otra manera, el amigo de él le dijo que, a juzgar por lo que se había visto, ella también gustaba de él. ¿Por qué ahora que estaba tan linda con ese vestido y el pelo suelto y olía tan rico que daban ganas de meter la cara entera en el pelo, por qué le decía que no y hasta lo empujó y le hizo perder el equilibrio y él tuvo que abrir los brazos como en un barco para aferrarse del aire y evitar la caída?

Más cerveza no era la solución, pero él ya no estaba pensando, él lo que quería era que lo que estaba sintiendo dejara de importarle, que se volviera gracioso o lejano como una película. Un chico más grande, amigo de su hermano, le convidó un whisky y él tomó. Volvió a acercarse a ella.

—Me gustás mucho —le dijo. Va a decidir, alguna vez, que se lo dijo a los gritos porque la música estaba fuerte, pero en ese momento le parece que es como si se lo soplara en el pelo.

Ella le dio la espalda y siguió bailando. Él la abrazó por la cintura y se apretó contra ella, todo a lo largo. Había querido hacerlo toda la noche. Ella lo empujó con fuerza clavándole los codos en las costillas y él se cayó. Se quedó sentado en el piso.

—Dejame tranquila. Me das asco —le dijo ella. También lo debe haber gritado.

Un bosque de piernas se movía alrededor de él. Se quedó sentado hasta que pudo pararse, nunca podrá saber cuánto tiempo, pero cuando se meta en el recuerdo —no siempre se va a meter en el recuerdo con esa necesidad de precisión— le va a parecer que fue mucho tiempo, que en la mañana la perdió de vista y que cuando logró pararse no la buscó.

Al quinto intento pudo meter la llave en la cerradura de la puerta del auto. Se quedó apoyado con la llave metida en la cerradura y el cuerpo contra la mano, contra el auto, otro tiempo incalculable, otro detalle que no siempre le volverá a la memoria. Después hay fragmentos, va a ser imposible la reconstrucción de los detalles. A lo mejor se durmió o a lo mejor ella salió en seguida y él la convenció de que hacía demasiado frío para caminar hasta su casa. No sabe cuánto tiempo pasó ni recuerda si fue difícil convencerla, y pasaron varios años antes de que se preguntara por qué ella que lo había rechazado antes, ella que lo había visto tambalear y caerse, aceptó meterse en un auto con él. Si fue por no caminar, si fue porque después de todo sí se sentía atraída por él y había sido la actitud de él, no él en sí, lo que le había dado rechazo. Esta última opción era tan dolorosa que trató de descartarla. Le volvía de a ratos. Alguna mujer se lo preguntó en voz alta cuando le sacó los detalles de esa noche a fuerza de preguntas.

Debe haber venido rápido, muy rápido y en bajada. Fue como si el taxi no hubiera estado ahí.

Nunca, por más esfuerzos que haga, va a saber qué estaba mirando que no lo vio, si la estaba mirando a ella, si cerró los ojos un instante o estaba todavía con la cara en su pelo o sentado en el piso de la pista de baile o si no dónde, dónde lo había llevado su mente que no vio el taxi esperando la luz.

Su padre lo buscó en la comisaría. Su padre le dijo que un abogado amigo se ocuparía de todo. ¿Fue su padre el que dijo que el viaje lo ayudaría a olvidar?

A veces, en algunos insomnios, todavía le parece que no puede seguir adelante con su vida. Pero ya pasaron treinta años y él siguió con su vida. Entonces siente que tiene que volver a buscar algo que dejó en esa esquina o siente una rajadura, como si él fuera el casco de un barco y esa noche se le hubiera hecho un rumbo por el que durante treinta años le fue entrando agua. En sus insomnios sabe que se ahoga. El resto del tiempo, no lo sabe.

Los ojos que la miran

Beauty lies in the eye of the beholder.

A los tres días de llegar a la casa en la playa juré que tenía por delante el peor veraneo de mi vida. Acababa de cumplir catorce años, una edad que no era nada, ni chica, ni grande, ni nada. Y esas vacaciones eran la prueba más contundente de que no me estaba equivocando en esa apreciación. Una casa en una playa lejos de todo, mamá, papá, mis abuelos paternos, mis dos hermanas —las dos bastante menores que yo, las dos amigas entre ellas, las dos felices de estar ahí— y un matrimonio de amigos de papá, todos en esa casa inmensa, sin un solo vecino de mi edad. La única gente joven en la playa tenía dieciocho, diecinueve, veinte o por ahí; las chicas se llamaban Madeleine, Stephanie, Juliette. Papá decía que eran *faux maigres*, o sea, falsas flacas, o sea, flacas con tetas grandes. Jugaban al vóley, usaban unas bikinis muy chiquitas, eran, no exagero, las mujeres más hermosas que yo había visto, porque a veces pasa, a veces se puede tener mucha mala suerte y que te toque justo estar en una playa con treinta personas como máximo, treinta personas de las que casi la mitad son de tu familia y el resto son todos un poco más grandes que vos, un poco justo como para que te sientas la más fea, la más torpe, la más desgraciada de todos, con tus trajes de baño enteros y las tetas que no terminaron de crecerte (si es que te van a crecer porque tenés la terrible sospecha de que pueden quedarse así, chiquitas para siempre) y tenés la impresión de que las demás mujeres de esa playa, esas cuatro o cinco que vienen todos los días y juegan al vóley con sus nombres franceses y se trepan a caballito de las espaldas de sus novios y los besan entre las olas, se besan tanto, esas mujeres tienen las tetas que te gustaría tener, las piernas que te gustaría tener, el color de piel, dorado por el sol, sí, son doradas, apenas unos años más grandes, pero tan hermosas. Un mes entero por delante de ese panorama era suficiente como para querer morir y resucitar cuando esa pesadilla hubiera pasado.

Llueve. Entro al cuarto de la amiga de mamá. No me acuerdo bien de las palabras que usa, pero dice que mi cuerpo es lindo, me pregunta por qué no uso bikini, y me da una de ella para que me la pruebe. Voy al baño a ponérmela. Vuelvo. Me paro frente al espejo.

—Qué bien te queda —dice ella.

Sí. A lo mejor tiene razón, a lo mejor yo no estoy tan mal. Entra mamá al cuarto. Justo en ese

momento. Yo estoy parada frente al espejo.

—Bikini —dice mamá, y me mira en silencio un instante—. Qué ridículo. Ni siquiera tenés tetas.

Y entonces llegó Aline.

Aline tenía dieciséis años, era norteamericana y era hija de un amigo de papá que se había divorciado de su mujer norteamericana y veraneaba en la casa de al lado con una novia de diecinueve años. Aline tenía ese nombre inédito para mí, tan extravagante como el de las falsas flacas, y una piel muy blanca, piernas regordetas, una boca chiquita del color de las frutillas, pelo rojo, la melena desordenada que usaba en una cola de caballo, pero que a veces, a la tarde, cuando ya no hacía calor, soltaba con una sacudida y era como ver encenderse una fogata. Se pintaba los ojos de negro, aparecía en la playa al mediodía con una túnica blanca que le tapaba todo el cuerpo y un sombrero de paja gastado en los bordes. Aline hablaba mal español y un inglés difícil porque se tragaba las palabras. Ahora que lo pienso parecía tragárselo todo, como una aspiradora. A su alrededor se creaba una especie de vacío, como si todo lo que a mí me estaba volviendo loca, a ella le quedara lejísimos, del otro lado de ese vacío. Pero yo le gusté. Yo quedé del lado de adentro. Por algún motivo que no pude entender, ella fue la primera que me miró ese verano, y quiso ser mi amiga. Y por eso solo yo la amé.

No debo haber tardado mucho en contarle mi situación. Ella me contó la suya. Casi no conocía a su padre, que las había abandonado, a ella y a su madre, cuando ella era una bebé. La madre la había obligado a ir a pasar esos días con el padre porque decía que no sabía qué más hacer con ella. El padre la dejaba hacer lo que ella quisiera mientras no interfiriera mucho con el nuevo romance. A Aline la novia del padre le era indiferente. Aline fumaba. Me contaba estas cosas mientras le daba largas pitadas a unos cigarrillos mentolados. La novia de su papá era apenas tres años mayor que ella, una mujer muy muy hermosa, con el cuerpo que ella hubiera querido tener — ¿me dijo eso Aline o es un invento mío porque era yo la que hubiera querido tener el cuerpo de la novia de su papá?—, su mamá era alcohólica. Yo ni siquiera había oído hablar de personas alcohólicas. Entonces Aline me contaba que su madre vivía con un vaso en la mano. Se servía un whisky en el desayuno y no dejaba de tomar nunca más en todo el día.

—Es como si a alguien le subieran el volumen —decía.

En la casa de su madre todo era exagerado. La madre se maquillaba mucho, gritaba mucho, lloraba mucho, dormía mucho en la mitad del día, estaba despierta en la mitad de la noche y se tropezaba con los muebles, en su casa no había posibilidad de silencio cuando la madre estaba despierta. La madre le gritaba. La madre no quería gritarle, quería hablarle con calma, ella sabía que la madre hacía esfuerzos por hablarle con calma. Pero le gritaba.

Yo le conté lo de la bikini, para que no sintiera que su madre era la única madre horrible. Pero la diferencia entre Aline y yo, la diferencia que yo registraba, era que a mí se me llenaban los ojos de lágrimas cuando se lo contaba y ella contaba las cosas más tremendas dándole pitadas a su

cigarrillo mentolado, y después barría el aire con la mano como si esas cosas se pudieran ir con el humo. Yo quería ser como ella.

Mi familia iba a la playa muy temprano. Mamá nos abría las persianas antes de las ocho, y a las nueve ya estábamos cerca de la orilla con las lonas y las reposeras y la sombrilla clavada. Mis abuelos leían el diario bajo la sombrilla, mis hermanas se metían en el mar, mamá tomaba sol como un lagarto, papá dibujaba la cancha de vóley para cuando vinieran las falsas flacas y sus novios. Y yo me ponía a esperar a Aline. Boca abajo en la lona, la pera sobre las manos cruzadas, la vista fija en su casa que parecía flotar al sol, la mañana larga, larguísima. Aline llegaba a la hora en que llegaban todos los demás. Pero yo ahora solo la veía a ella. Avanzaba hacia mí con su túnica blanca y su sombrero, como un oasis oscilante, una figura alargada que me venía al encuentro, y nos íbamos a caminar por la playa, bien lejos, a la punta donde no había nadie, donde podíamos contarnos lo que había pasado en nuestras vidas antes de conocernos.

Aline tenía un novio en Estados Unidos. Un novio navajo. A mí se me aparecían los indios de las películas de televisión, pero Aline contaba cosas de los navajos que no tenían nada que ver con las películas que yo había visto. Al final de la playa había una casita abandonada. No tenía techo, ni puertas, ni ventanas. Era como un pequeño laberinto con sus cuartitos entrelazados, dos cuartitos con restos de color en las paredes. Nos gustaba el cuarto azul, que ya no era azul salvo en algunos parches, pero para nosotras era el cuarto azul. El cuarto azul de las cosas que solo te cuento a vos, lo llamaba Aline. En ese cuartito me contó cómo Misu y ella habían hecho el amor por primera vez. Misu quiere decir “olas en el agua”. Esa mañana yo me enamoré un poco de Misu.

Yo quería saber cómo era estar enamorada. Aline dijo que para ella estar enamorada era querer comerse a la otra persona. Nadie, jamás, me había dicho algo así. Me habló de un dibujo de Goya que había visto en sus clases de Historia del Arte: tres brujas con bonetes que llevan por el aire a un hombre.

—Tienen los dedos hundidos en la carne del hombre y lo besan, lo chupan, lo muerden. Son asquerosas.

Pero para ella estar enamorada se parecía a eso, al hambre de las brujas. Un placer caníbal. A Misu eso no lo asustaba. Yo me imaginaba a un indio de piel oscura y pelo largo bailando alrededor de Aline con un hacha en la mano.

—El dialecto navajo es incomprendible para todas las demás tribus y todos los demás pueblos —me contó Aline como si eso terminara de explicar las cosas.

Y así era. No con palabras. Yo no podría decir de qué modo las explicaba, pero era como si escuchándola hablar yo entrara en el ojo de un huracán y me viera arrastrada a un mundo en el que no podía entrar cualquiera.

Después papá compró una red de pesca, y tirar la red a la bajada del sol nos devolvió al rebaño por un tiempo. Las mañanas eran de la casita y de los baños de mar donde nadie nos veía, y las

tardes eran del rebaño. Papá nos señalaba un puesto. Intercalaba a los pescadores experimentados con el resto de los participantes: Toño, Washington, Mariscal, una falsa flaca, un novio (los mezclaba siempre y no pude saber si era porque no sabía cuál francesa iba con cuál novio o porque le gustaba armar lío), Omar, Aline, Ribeyro, mi hermanita menor, que al rato ya no hacía pie pero nadaba como un pez, Franklin, mamá, otra francesa con el novio cruzado, mi otra hermana y así, aferrando el borde de la red, nos íbamos metiendo en el mar. Despacio. El agua por los muslos, el agua por la cadera, por la cintura, por el pecho, bajo las axilas, apenas por debajo de los hombros. Papá nos indicaba que fuéramos armando la curva. Mis hermanas nadaban ya porque no hacían pie. A veces se agarraban al cuello de los novios de las falsas flacas. Aprovechadoras. El borde de la red se ilumina en un arco de luz que se cierra de espaldas al atardecer y en el centro empiezan a saltar los peces. Hay que apurar el paso, tirar sin levantar la red del piso para que los peces no se puedan escapar. Los pescadores gritan para que todos tiremos a la misma vez, las voces resuenan. Detrás de los árboles de la costa avanza la noche, pero nosotros estamos todavía bajo la protección del sol que se hunde en el mar. Hop, hop, hop. El pelo rojo de Aline parece flamear, nos miramos y no podemos dejar de sonreír. Hay que aferrarse al fondo de arena con los pies, encoger los dedos como garras, hundirlos en el cuerpo arenoso y jalar la red. Hop, hop, hop. Hasta que los primeros pescadores ya salen del mar y corren por la playa y hay que correr también para que no se escapen los peces aunque algunos saltan por encima de la red y desaparecen bajo la superficie del mar cada vez más oscuro. Con la última luz se reparte el botín. Los pescadores llenan sus baldes, cada casa se lleva los tesoros que le arrebatamos al océano. A veces se hace una fogata para todos, se traen las parrillas, y a la luz de los soles de noche compartimos la pesca.

—La hija de tu amigo toma como la madre —dijo mamá después de una de esas fogatas.

—Tu amiga —me dijo mi hermana, botona desde que aprendió a hablar.

—No me gusta para amiga de Lucía —dijo mamá como si yo no estuviera ahí—. Tiene pinta de reventada.

—Reventada serás vos —me escuché decir.

Me mandaron al cuarto en penitencia. Después los oí hablar a lo lejos. Oía la voz de papá, apaciguadora, la de mis abuelos, la de mamá que se volvía más aguda cuando la contradecían, y que, a juzgar por los tonos que alcanzó esa mañana, no estaba encontrando tanto eco en los demás. Me habría gustado saber qué decían mis abuelos. Yo quería saber lo que decían todos, siempre. Quería saber, más que nada, lo que decían de mí.

La sola idea de que me prohibieran ver a Aline era como la noche más oscura del mundo. Lo pensaba y lloraba cada vez con más desesperación. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer de mi vida si me decían que no podía estar con ella?

Los días que siguieron me sentí como se deben sentir las ratas de un laboratorio. Sabía que detrás de los anteojos de sol mamá me vigilaba. Sabía que cuando nos alejábamos hacia la casita

abandonada, ella nos seguía con la vista, y, una vez allí, cuando nos sentábamos con la espalda contra la pared rugosa, tenía miedo de que en cualquier momento apareciera. La imaginaba acercándose en silencio, rondando, escuchando las conversaciones. No le quise contar nada a Aline, pero cuando hablaba de Misu, yo la escuchaba a medias, como si una parte estuviera oyendo a través de los oídos de mamá.

Y aun así, cuando Aline propuso que nos bañáramos desnudas, dije que sí.

Era la hora de tirar la red y me imaginé que estarían todos ocupados. Era poco probable que mamá eligiera buscarnos en lugar de participar de la actividad del rebaño. Aline se sacó la túnica y la bikini y por un momento quedó frente a mí, su cuerpo blanco tiñéndose con la luz del atardecer, el pelo suelto, la carne firme, un borde iluminado de pelusa rojiza en los brazos y los muslos. Yo casi no podía respirar. Me saqué el traje de baño. Era consciente del contraste entre mis brazos dorados y la panza del color de la masa cruda. Aline se rio.

—Tenés los pezones rosados como la Venus de Botticelli —dijo. Yo no sabía de qué hablaba—. Qué hermosa.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Ella corrió hacia el mar. Se metió sin un momento de duda, enfrentando las olas con los brazos en alto. Se giró para llamarme y saltó de espaldas, las piernas blancas y la pequeña mata de pelo rojizo hacia mí. Salí de la protección de las paredes a través de la abertura que ya no tenía puerta. Ni siquiera miré en dirección a donde todos estarían metiéndose también en el mar, con su porción de red en las manos, en su puesto asignado por papá. Entré al mar corriendo, atravesé la rompiente hasta donde Aline se hundía, curvándose para que todo su cuerpo se fuera deslizando hacia el fondo de arena. También yo hice una curva con mi cuerpo, bajé hasta el fondo, me arqueé, y a último momento, me impulsé con las manos hacia arriba. Mi cabeza rompió la superficie del mar, y a través del agua que me caía por la cara vi a Aline que se reía. Me estaba mirando, y yo entraba toda entera en sus ojos. Hermosa. Yo también era hermosa.

En el Giulio Césare

Caio Aranguren va a volver una y otra vez a un solo día del viaje que está por empezar esa mañana. Cuando llaman a embarcar y él sube las escaleras hasta la cubierta del crucero detrás de su madre y delante de su hermana, cuando se acodan los tres en la baranda y ve a su padre allá abajo, chiquito entre la gente, con la camisa celeste de manga corta, la mano derecha haciendo de visera y la izquierda abierta, quieta como en un saludo indio, la correa de cuero negro del reloj en el brazo blanco, la cara roja; en ese primer instante del futuro viaje en el que todo su cuerpo recibe el impacto de la brecha de agua que se abre entre el crucero imponente y el muelle del puerto de Buenos Aires, entre él y su padre, cuando el aire se llena de serpentinas y suena la sirena larga, profunda como el grito de una ballena, no sabe ni tiene ninguna posibilidad de saber que ese solo día está a semanas de navegación, y que esa despedida que ahora le parece magnífica va a quedar opacada, unida como si fuera un mero jirón de algo a ese día que le espera en Brasil. Toda la excitación de esa despedida, las primeras semanas enteras lejos de la mirada de su padre, eso que ahora parece a punto de hacerlo estallar de alegría y anticipación va a convertirse para el resto de su vida en un prelude. Aunque él, con los brazos cruzados sobre la baranda, tenga ahora un inconfesable sentimiento de victoria, como si ver al padre disminuido por la distancia fuera el fruto de algún esfuerzo personal, un logro deseado durante mucho tiempo sin saberlo.

Su madre y su hermana parecen tan excitadas como él. En los días previos, a su hermana le daba vergüenza tener que viajar en tercera cuando tantos de sus amigos viajarían en primera. Pero Caio apenas había participado de las conversaciones. Se pasaba las tardes mirando las fotos del Giulio Césare, la chimenea blanca con la franja roja, la línea de puntos de los ojos de buey, ¿cuál sería su camarote? Los mástiles, trataba de adivinar en la foto las cubiertas, contaba los botes salvavidas, hacía cuentas de multiplicar para saber cuántos habría si en la foto solo se veía un lado del crucero; tres piscinas, una en cada clase, salones comedores, salón de baile —aunque a él no lo dejarían entrar por ser menor de edad— y los motores Fiat diesel, los más potentes jamás inventados, el rugido en la sala de máquinas, ¿lo dejarían visitar la sala de máquinas? Después recorría con el dedo la línea de puntos que él mismo había dibujado hasta Santos, después a Río, se imaginaba en la mitad del océano, parado en cubierta, oteando el horizonte; en apenas unas semanas él, el capitán Aranguren, estaría zarpando del puerto de Buenos Aires hacia ese espacio azul en el mapamundi del escritorio de su padre. Lisboa, Génova. En ningún momento pensó que

al tercer día, una vez que hubiera pasado horas enteras mirando la estela que dejaban atrás, cuando se hubiera cansado de subir y bajar corriendo por las escaleras, de recorrer las cubiertas y espiar a los pasajeros, cuando ya hubiera probado los confines permitidos, intentado abrir las puertas prohibidas y logrado entrar donde no podía, empezaría a necesitar a alguien de su edad.

Tampoco pensó que compartir el camarote con su madre le iba a resultar tan incómodo. A la noche, cuando ella le pedía que se diera vuelta y no volviera a mirar hasta que ella le avisara, tenía que quedarse muy quieto y estaba seguro de poder oír el roce de las medias deslizándose por las piernas de su madre, el susurro sedoso de la enagua que caía, de la ropa que a la mañana siguiente estaría acomodada en la silla, vacía del cuerpo, las medias colgando del asiento, paralelas, expectantes, la enagua suave. Era un susurro imposible de oír por sobre el ronroneo constante de los motores del barco. Pero era un silencio sobre el silencio. A veces, cuando la madre apagaba la luz, él seguía despierto, creyendo que podía escucharla respirar en la inmensidad metálica del Giulio Césare. Con el paso de los días, el cuarto olía a su madre. ¿Por qué lo angustiaba tanto? Imaginaba a su padre solo en el departamento. ¿Qué haría a la vuelta del trabajo, ahora que no estaba él para contestarle las preguntas, para contarle las lecciones del colegio, para ir y venir haciéndole favores, resolviendo problemas matemáticos complejísimos que su padre quería que él supiera resolver antes que todos sus compañeros, ecuaciones, álgebra, datos históricos, datos geográficos, recitando poemas que su padre lo obligaba a aprender de memoria? *Virgen pura, si el Sol, Luna y estrellas. Concepción limpia, donde ciega ignora lo que muda admiró de tu pureza.* No, le falta un verso, algo que no se acuerda, una puerta se cierra en el pasillo. Detrás de los motores se escondían todos los ruidos. Su hermana se escapaba a primera para ir a bailar, pero él estaba ahí, atrapado en la respiración de su madre.

Durante el día su madre y su hermana se tiraban al sol en las reposeras. ¿Cuánto tiempo se puede estar al sol sin hacer nada? ¿Cuánto entrando y saliendo de la piscina, corriendo carreras contra uno mismo, batiendo los propios récords de permanencia bajo un agua que se mueve de un lado a otro en un vaivén que da ganas de detener con la fuerza de la mente? Y los almuerzos en la mesa larguísima. Nadie le prestaba atención. Podría haber comido con la mano, se podría haber metido los grisines en la nariz como colmillos de elefante, pero no, su madre sí le prestaba atención. Su madre no le quitaba los ojos de encima. Parecía que no, pero lo estaba mirando. Si él hubiera osado.

El golfo de Santa Catarina. Cree que se va a morir. Todos creen que se van a morir. Nadie en cubierta. La gente que sale a los pasillos entra corriendo a sus camarotes con la cara verdosa, la mano en la boca, las arcadas le hacen doler la garganta. Se siente tan mal que va a la enfermería y jura que su madre no pudo acompañarlo, pero que él está acostumbrado a tomar láudano cuando se siente mal, que por favor, su madre siempre le da láudano. Y le dan. Es posible que la enfermera no le haya creído, pero se debe haber compadecido de él. Parece más grande que su edad, es un chico alto, bello, con un cuerpo largo y atlético. Todavía no lo sabe, y no lo descubre tampoco en

los ojos de la enfermera que le da una dosis fuerte de láudano y lo despacha de vuelta al camarote. Qué asco le da ese día el perfume, el día del golfo de Santa Catarina. *En tenebrosa noche, en mar airado.*

Pasó la tarde con alucinaciones. Hasta vio sirenas a través del ojo de buey y las escuchó cantarle solo a él a través de la tormenta. Se acostó cuando las paredes empezaron a juntarse como si lo quisieran aplastar. Se tapó la cabeza con la almohada para no ver a la mujer acostada en la alfombra. Se durmió con sus propios quejidos.

A la noche siguiente, para festejar que la pesadilla había quedado atrás, los amigos de su hermana los invitaron a los tres a cenar al comedor de primera clase. Tuvo que ponerse el saco y la corbata, la camisa limpia, tuvo que lustrarse los zapatos y domar el remolino en la coronilla. Tuvo que cerrar la boca cuando su hermana lo obligó con una palmada en la pera, pajuerano. Pero los pavos inmensos decorados, las montañas de cabello de ángel, los cisnes de hielo con reflejos de plata, las mesas redondas en lugar de la mesa larga y única de tercera clase, los mozos como abejas a su alrededor. Y su madre. Nunca la había visto tan feliz. Alguien dijo la palabra “achispada”, pero parecía más bien una fogata. Se reía y tenía la mirada encendida y por primera vez desde que habían salido del puerto parecía haberse olvidado de que él estaba ahí. Y era como si se hubiera abierto un espacio alrededor de él, aire. Uno de los amigos de su hermana lo dejó tomar un trago de champagne y él tomó un trago largo, media copa que le aflojó los ojos y las manos y las piernas. Había música. Su hermana cantó el estribillo de unas canciones con un amigo que no le sacaba los ojos de encima, y una amiga de la hermana le pasó a él el brazo por los hombros y lo atrajo hacia ella y él sintió en la cara el escote blando, la piel tibia, un instante, ella lo soltó después, pero la cara de él había quedado ardida y al día siguiente se despertó con el pijama mojado, pegoteado, sin saber cuál había sido el sueño, si tan solo podía lograr que su madre no viera nada.

La degustación de café era en Guarujá, y de ahí irían toda la tarde a una playa chiquita. Antes del atardecer había que volver al Giulio Césare.

No lo dejaron tomar café. Escuchó las explicaciones y olió los granos de café recién molido, llevó hasta el ómnibus la bolsa de red con los tres kilos que compró su madre, lo miró todo, pensó que recordaría todo de ese primer día en tierra después de tantos embarcado. La playa no le pareció chiquita. Su hermana se alejó hacia una punta con sus amigos y su madre se acostó boca abajo en la arena, se tapó la cara con el sombrero, y le pidió que no se fuera lejos. Al rato la espalda dorada y apenas mojada de transpiración subía y bajaba rítmicamente. Dormía. Él caminó hasta la orilla. No había mucha gente en la playa, y el mar estaba muy calmo, con olas amables, muy azul del otro lado de la rompiente. Casi toda la gente se bañaba cerca de la orilla. Caio era buen nadador. Con un último vistazo a su madre, se internó en el mar, pasó la rompiente, y se

quedó flotando a la deriva, con ella como referencia para que ninguna corriente submarina lo desviara.

La cámara de tractor flotaba a pocos metros de él. La chica tenía los brazos cruzados sobre la goma negra, la pera apoyada sobre las manos, el pelo enrulado alrededor de la cara. Lo estaba mirando. Él nadó en su dirección con brazadas firmes para impresionarla. Cuando se detuvo, estaba lo suficientemente cerca como para verle los ojos, la mirada fija en él, los labios mojados, los dientes burlones. Lo que fuera que percibió él se le volvió un nudo en la boca del estómago. Y sintió su sexo empujando la tela del traje de baño para liberarse. ¿Era a él al que ella le hacía esa seña? Nadó los dos metros que lo separaban de la cámara de tractor.

Si hubiera tenido que repetir en castellano lo que ella le dijo, no habría podido. Pero se sumergió en el mar y salió a la superficie dentro de la cámara, en ese espacio con sus límites de caucho, el olor picante a su alrededor. Ella había abierto los brazos para apoyarlos sobre la goma y estaba ahí, frente a él, mirándolo, no había dejado de mirarlo nunca. ¿Sonreía? ¿Cuánto tiempo estuvieron así? Él también abrió los brazos y los apoyó sobre la goma caliente, trató de fingir que se había pasado la vida con mujeres dentro de cámaras de tractor. Movía las piernas en el agua y sonreía, pero no sabía qué hacer, y el espacio entre ellos parecía tener la distancia real de la línea de puntos que había dibujado entre Buenos Aires y Génova. Ella dijo algo, en portugués.

—No entiendo —dijo él tocándose el pecho.

Y porque estaba mirándola a los ojos, no previó las piernas de ella rodeándole la cintura, el tirón que le hizo atravesar el espacio imposible.

Lo demás fue tan rápido. ¿Cómo puede ser que algo que pasa tan rápido se detenga para siempre?

No supo nunca cómo hizo ella para bajarle el traje de baño, cómo hizo para que él estuviera de pronto dentro de ella. Fue todo tan rápido, tan íntimo y a la vez tan ajeno que podría haberle pasado durante la noche en el camarote, mientras soñaba, si no fuera porque tantas veces pudo volver a escuchar el gemido leve de ella, pudo sentir las piernas resbalosas rodeándolo en el agua, los brazos que ella había despegado de la goma para rodearle el cuello, la cara tan cerca, los ojos oscuros, la boca, el gusto salado del único beso antes de que él se despeñara como por un precipicio.

Eso era el amor. Eso era enamorarse con todo lo que él tenía disponible para enamorarse.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó, aunque le quería decir te amo teamoteamoteamo.

A ella la pregunta pareció asustarla. Pero no, miraba algo por sobre el hombro de él. A un hombre que le gritaba desde la orilla.

—Vai —dijo ella.

Él se desenredó, pasó por debajo de la cámara y se alejó nadando. Enfrentaría al hombre, al padre, tenía que ser el padre. Le diría que estaba enamorado de su hija, que nadie podía impedirlo, nadie, nadie, nadie. Cuando hizo pie, se giró para planear su próximo movimiento. El

padre seguía mirando a su hija.

La chica estaba dentro de la cámara con un hombre de pelo blanco con el cuerpo muy pegado a ella, tan pegado como había estado él mismo hacía solo un rato. Caio se sentó en la arena. En un tiempo que a él se le hizo una eternidad, el hombre de pelo blanco nadó hacia la orilla. Cuando salió del agua se acercó al padre, se hurgó los bolsillos, sacó unos billetes mojados, los estiró en el aire, los fue entregando uno por uno y se alejó por la playa. Caio oyó la voz de su madre que lo llamaba. No le importó saber si estaba preocupada, si estaba nerviosa, si estaba enojada. Ninguno de los dos habló. Él, porque no pudo.

II

Por sobre todas las cosas cuida tu corazón, porque de él mana la vida.

Proverbios 4,23

Evitar la ocasión, 2017

Ni lo pensaron mucho. Tampoco lo habían planeado. Era algo que podía pasar y pasó, algo que ya les había pasado a otros o por lo menos ellos pensaban que les había pasado a otros, a los compañeros de colegio. Era algo que había que hacer.

El padre de él estaba en el cuarto de al lado. Miraba un programa de televisión a todo volumen. A veces al hijo le parecía que era para no escuchar nada de lo que pasaba, pero no sabía si era eso, nunca lo habían hablado. El padre también tenía sus novias, pero esa noche estaba solo. Habían comido pizza los tres. Al padre le gustaba Magdalena, se lo había dicho, le había dicho está buena Magdalena y se habían reído del verso sin esfuerzo. El padre había hecho un gesto, las manos enfrentadas, un recorrido del cuerpo de una mujer invisible, de Magdalena invisible, con cintura y caderas. A él lo había puesto un poco incómodo. Al padre, le pareció a él, también. Pero se rieron del verso y la incomodidad pasó. Los amigos siempre le decían que su padre era muy buena onda. Sí, era muy buena onda, pero esa noche a él le habría gustado que no estuviera en el cuarto de al lado cuando Magdalena le tiró el cuerpo encima y le empezó a decir cosas como en las películas. Él sabía que tenía que usar preservativo, se lo habían dicho los padres, se lo habían dicho en el colegio, pero no había pensado que las cosas se iban a dar tan pronto. Se sintió raro cuando Magdalena se empezó a desvestirse. No es que no hubiera visto mujeres desnudas antes, las había visto por todas partes desde hacía mucho tiempo, pero ella era distinta, y aunque se sacó la camisa sin desabrocharla, como si le hubiera agarrado un apuro imposible de detener, él se sintió incómodo. La abrazó casi sin mirarle las tetas y le comió la boca. Así se hacía. Pero no. Se le ocurrió que quería parar, que había algo que no estaba bien y hasta que no supiera lo que era, no iba a seguir. La apartó. ¿Era alivio lo que le pareció ver en la mirada de ella? Le alcanzó la camisa. Le dijo que antes quería escuchar un poco de música y conectó el celular al parlante nuevo. Le había preguntado a su mamá quién era la que cantaba esas canciones que a ella le gustaban tanto, una negra que la ponía triste, pero había una canción que hablaba de un amor feliz y él creía que a Magdalena le iba a gustar. La abrazó y se quedaron parados, abrazados, como si estuvieran por bailar, pero no bailaban. La canción decía *la manera en que fruncís la nariz toca mi tonto corazón*. Y cuando Magdalena fruncía la nariz, a él le pasaba algo en el corazón, decididamente, se lo dijo. Se le ocurrió que a ella le iba a gustar eso, que él le dijera lo del tonto corazón. Y no se equivocó en sus suposiciones.

Ni sabe en qué momento se acabó la música. Se dio cuenta de que estaban en silencio cuando ya se había sacado la remera y ella se sacó otra vez la camisa y le apoyó las tetas desnudas contra la piel. De solo acordárselo se vuelve a quedar como esa noche que no puede explicar, ni siquiera sabe qué palabras ponerle a eso pero lo que sabe es que cree que se le cruzó por la mente la idea de que tenían que cuidarse, pero no pudo parar. Si le decían que si seguía se iba a morir, hubiera contestado que morirse se iba a morir si no seguía. No podía ni respirar. Quería partirla como una nuez y comérsela. Algo así. Si le hubieran dicho lo que iba a pasar, no paraba. Ahora le dirán que está loco y que cómo puede decir una cosa así. Pero él sabe que no habría podido parar. Ella tampoco quería parar. Ninguno de los dos quería parar. Era eterno eso, esas ganas de agarrarla y meterse dentro de ella, y ella también parecía otra, se le había hinchado la boca, tenía algo en los ojos que él nunca le había visto, una manera de mirarlo como si ella también quisiera meterlo entero dentro de ella a través de los ojos y se pegaba a él, era como si no hubiera habido nada de ellos que no estuviera tocándose, ella le enroscaba las piernas alrededor de las piernas, se cayeron al piso o se tiraron. Piensa ahora que se podrían haber desnucado y su cuerpo hubiera seguido. Sin cabeza, como esos bichos religiosos, él hubiera seguido. Ahora que lo piensa decide que es un error evaluar las cosas parado en otra parte que donde uno estaba cuando las hizo. Todos le hablan como si él hubiera podido hacer algo diferente. ¿Acabar afuera? ¿Acabar afuera? ¿Dónde? No había adentro y afuera. No había antes y después. No había ella y él. No había nadie ni nada que no fuera eso que había visto mil veces en las películas pero nadie puede decir de verdad qué es ni cómo porque no es una mariposa que se pueda clavar en un corcho, ni un sapo disecado en el laboratorio, ni un dibujo, ni siquiera palabras que hace no sé cuánto rato que está tratando de ponerle y lo único que logra es que el cuerpo entre ahí aunque sea a través del recuerdo y él sepa que no podría haber hecho nada distinto. No en ese momento.

Debe haber sido la primera vez que le vio semejante cara de susto a Magdalena. Tenía los ojos brillantes de lágrimas cuando se pusieron a limpiar la colcha y ella mascullaba algo de la pastilla del día después y él decía, sí, sí, pero no era en eso en lo que estaba pensando. Pensaba en sus padres que tantas veces le habían contado que los habían obligado a casarse como si para él fuera fácil escuchar eso sin sentir culpa, como si hasta fuera por él que se hubieran dejado de querer después. Magdalena se vistió pero se olvidó el corpiño y él estaba agachado frente a ella, limpiando la colcha y le veía dentro de la camisa abierta las tetas que se hamacaban con el movimiento del cuerpo, el vaivén que limpiaba y él quería decirle que dejaran todo y se fueran lejos, que dejara la mancha, que dejara la ropa, que lo envolviera con las piernas con los brazos con el pelo, que dejara que la mirara, la boca, que lo dejara meterse otra vez dentro de ella, sentir cómo lo apretaba ahí abajo como una anémona, que volviera a besarlo, a decirle mi amor mi amor mi amor con la voz de la boca hinchada y la mirada esa nueva toda para él. Que no tomara la pastilla, que lo iban a querer, que cuando frunciera la nariz.

Pero qué estúpido. Qué estupideces se le habían ocurrido esa noche.

El rapto de las sabinas

Amanecieron desnudos en una de las carpas que ni siquiera era la de alguno de ellos, una pierna de ella sobre las de él, el brazo de él sobre el torso de ella, la mano como una pequeña bóveda sobre el ombligo de ella, los dedos rozándole el pubis. Ella fue la primera en despertarse. Abrió los ojos como si viniera de otra galaxia y tardó en llegar, en sentir el brazo de él, en oír su respiración ahí al lado, mansa, todavía en otra parte. Se apartó con violencia. El brazo de él cayó desplomado. Ella empezó a tantear para buscar su ropa entre el amasijo de las bolsas de dormir, los pantalones de él, la remera, su bombacha tenía una media enroscada. Dios mío. Se le cruzó lo que le había contado Allegra sobre los italianos que colgaban de la ventana la sábana con la mancha de sangre para demostrarles a todos la virginidad de su esposa; los españoles y los gitanos también, había dicho el Tula. ¿Cuándo habían hablado de eso? Y mientras levantaba la ropa, revolvía, la mancha de sangre, dónde, tenía que estar en alguna parte, abrió las solapas de la carpa, ¿debajo del cuerpo de Ariel? Lo empujó para hacerlo rodar. Él se quejó y abrió los ojos.

—¿Qué hacés acá? —dijo, y ella se tapó con los pantalones de él.

Si él no hubiera estado tan asustado, se habría reído de verla con los pantalones colgándole por delante del cuerpo en cuclillas, inútiles, el cuerpo desnudo se asomaba por los costados, muy blanco. Ella nunca le había gustado. Tenía cara de ratita y unos ojos celestes casi transparentes que él no podía descifrar. Sus amigos y él le decían Cyborg porque los ojos parecían de vidrio.

—Qué me hiciste —dijo ella.

—No te hice nada.

—Sí. Me drogaste, me diste algo.

—Yo no te di nada —pero era evidente que ella no le creía.

—Sí que me diste —dijo ella y se largó a llorar.

Él también tenía ganas de llorar. No podía defenderse de las acusaciones, nunca podía defenderse de las acusaciones. Hasta su propia madre lo acusaba. En la reunión de padres —le habían contado— su madre había dicho que era un drogadicto, había pedido ayuda para controlarlo. Su propia madre. Pero él no le había dado nada a ratita. De eso sí se acordaba. No había llevado porro al fogón.

—Yo no te di nada, Cele.

Por algún motivo, se miró el pene y fue como si se diera cuenta de pronto de que estaba

desnudo.

—¿Me darías mi pantalón?

Pero ella se aferró al pantalón como a un peluche y lloró más fuerte.

—No llores —dijo él.

Cuando otras chicas lloraban, él las abrazaba, pero ahora no podía moverse. Su madre cuando lloraba no se dejaba abrazar porque estaba siempre enojada. ¿Sabría alguna de sus compañeras lo que había pasado la noche anterior, en qué momento habían terminado los dos en esa carpa? Le daba tanto miedo que hubieran hecho algo por culpa de él que no podía abrazar a Celeste.

—¿Creés que pasó algo? —empezó a decir ella y miró hacia abajo su propio cuerpo—. ¿Estaré? —Pero tampoco completó la frase y otra vez el llanto, ahora con hipo.

—Creo que no te hice nada —dijo él y se volvió a mirar el pene.

Quiso decir algo de las sábanas a la mañana siguiente cuando tenía esos sueños que a veces ni recordaba, pero las palabras no le salieron, le daba demasiada vergüenza; no veía que hubiera señales de que eso hubiera pasado, pero tampoco sabía cómo era cuando era con una mujer. Ella podía tenerlo todo adentro.

—¿Por qué no te fijás? —se interrumpió. ¿Cómo le iba a pedir que buscara rastros de él en su propio cuerpo?

Ella no dejó de llorar ni cuando le devolvió los pantalones ni cuando se puso la bombacha, el vestido, se ató el pelo; él la escuchaba como si el llanto le llegara de lejos, se vistió también, quiso olerse las manos, pero no se las olió. Después se quedaron frente a frente, sentados como dos indios en conciliábulo. A ella ahora las lágrimas le caían por la cara en silencio. Él trataba de sentir algo, pero no sentía más que estupor.

—Perdoname —dijo, aunque no sabía por qué lo estaba diciendo.

Y entonces ella dejó de llorar.

—Sos un hijo de puta —dijo. Y salió de la carpa antes de que él pudiera reaccionar.

A la vuelta de Semana Santa, en los recreos, durante días, las chicas rodeaban a Celeste. No había tenido muchas amigas hasta entonces, pero de repente eran un enjambre zumbando, les daban la espalda a ellos, los varones, pero giraban la cabeza para mirarlos cada tanto, no a él, a todos.

—Te va a denunciar —le dijo el Tula.

Allegra le había contado que todas pensaban que Celeste tenía que denunciarlo. Ariel les había contado al Tula y a Pedro, solo ellos sabían que ni él ni Celeste se acordaban de lo que había pasado. Los demás se enteraron por Celeste y por las otras chicas. Se rieron mucho de Cyborg en el vestuario. Él no había querido reírse, pero Gus se puso a imitar la voz de Celeste y le dijo perra caliente y le había agarrado la cabeza a él y decía miren, miren el machito hermoso que se comió Cyborg, y él se rio de vergüenza o de nervios, y Gus dijo que Cyborg se iba a convertir en

presidenta de la clase ahora porque se había masticado al más lindo de todos y repitió lo de perra caliente porque los otros se reían. Pedro se fue del vestuario y el Tula no se reía, y él después, en su casa, hubiera querido no haberse reído, hubiera querido haberle dicho a Andrés que no estaba bien hablar así. Se había reído porque no se quería sentir solo, pero nunca se había sentido más solo que mientras se reía.

Esa tarde cuando Ariel llegó a su casa, la madre había llamado al padre, el padre estaba ahí, estaban los dos sentados como antes de la separación y él, que estúpido, pensó por un instante que habían vuelto a estar juntos, que era eso lo que le iban a decir aunque con esas caras era tan evidente que no podía ser eso, pero la mente es muy rápida, es más rápida que todo, no, más rápidas son las emociones, decía su padre. ¿Qué emociones?

La madre no le creyó. Nunca le creía. El padre le dijo algo de las drogas y el alcohol, nada que no le hubiera dicho antes, aunque alguna vez le había pedido que le consiguiera marihuana, y la madre tenía esa cara que ponía cuando el padre hablaba, una cara que a él lo llevaba a imaginar a su padre como en un cómic rodeado de la palabra bla. Bla bla bla bla. La madre no le creía nada a nadie, pero menos que menos al padre.

Sin embargo, le había creído a Celeste o, mejor dicho, a la madre de Celeste. Y estaba diciendo que nunca en su vida nada la había avergonzado tanto. Lo que la madre decía se le caía encima a él. Basura.

—Dejalo hablar —dijo el padre.

Pero él no podía hablar. No tenía nada que decir. O tenía tanto que decir que era imposible empezar a hablar.

—No pasó nada —se oyó protestar.

La madre le pegó un cachetazo.

—¿Nada? Te vamos a tener que cambiar de colegio —dijo.

Tres años más tarde, sigue sin acordarse de lo que pasó esa noche. En el nuevo colegio nadie sabía la historia. Cuando se encuentra con el Tula le gustaría que no le contara nada ni de Celeste, ni de las demás chicas, ni de Andrés, ni de Pedro, ni de ninguno de sus compañeros. Según el Tula, sus padres no se habían creído el cuento de Celeste y fueron los únicos que siguieron invitándolo a la casa. Alguna vez, al principio, el Tula pidió que lo cambiaran de colegio también, pero los padres se opusieron. No porque no quisieran que fueran amigos sino porque era complicado. ¿Por qué te vas a ir? Vos no hiciste nada, había dicho la madre del Tula.

—Pero entonces creen que yo sí —dijo Ariel.

—No, dicen que no. Yo creo que también es culpa de Celeste —dijo el Tula.

Culpa. ¿Culpa de qué? Había algo que él no lograba terminar de entender y nadie lo ayudaba a descubrir qué era. Muy poco después de que lo cambiaran de colegio, Allegra le contó al Tula que

los padres de Celeste la habían llevado a una ginecóloga para tener pruebas para hacer un juicio, pero que la ginecóloga había dicho que no había ninguna prueba. Allegra se había peleado con Celeste porque Celeste no lo quería decir en el colegio.

Ariel pensó ir a ver a Celeste y pedirle que lo dijera. Trató de hablar con ella, pero ella no quiso. Y entonces, él dejó de darle vueltas al asunto.

Ahora, quién sabe por qué, Celeste decidió subir a Facebook la foto de él y contar todo de nuevo. Abajo sus amigos de antes y, desde hace unas horas, algunos de sus amigos nuevos dejan comentarios. Celeste tiene miles de likes y muchos compartidos. Hasta Allegra le puso un corazón. Dicen cosas horribles de él.

—Ya te pedí perdón hace tres años, Celeste —le escribe él en el muro.

Pero sigue sin saber por qué le pide perdón. Sigue sin saber qué le hizo. Él siente que lo que sea que hicieron lo hicieron los dos, pero no lo dice. Le gustaría tanto acordarse. La piel de Celeste esa mañana en la carpa, tan blanca, el cuerpo de él acostado sobre las bolsas de dormir, el cansancio, la resaca, la perplejidad. La vulnerabilidad, la vulnerabilidad. No es que pueda usar esa palabra, ni siquiera se le cruza por la cabeza.

A principios del verano

Mis hermanos y yo tratábamos a Verónica con la familiaridad con que se trata a una tía o, mejor dicho, a una prima mayor. Podemos haber pensado que era una amiga de nuestra madre, pero a los amigos mi madre les decía que era la masajista. Hay una edad en la que lo que hacen los padres no se cuestiona. Que Verónica viniera todos los fines de semana a la quinta y que desapareciera unas horas cada vez, casi siempre con nuestro padre, no nos llamaba la atención o, si nos llamaba la atención, no teníamos cómo descifrar el motivo ni decidir que era algo inusual. Supongo que, en la infancia, nada de lo que hacen nuestros padres nos parece inusual.

Verónica era más joven que nuestro padre y sus amigos, y más joven que nuestra madre y sus amigas, pero era por lo menos quince años mayor que yo, trece años mayor que mi hermano y veinte años mayor que mi hermana. No nos prestaba la menor atención. Su atención, a decir verdad, estaba puesta en mi madre, salvo cuando desaparecía en el interior de la casa con mi padre. Imagino que era en esas ausencias cuando los amigos preguntaban y se les decía que era la masajista. No me gustaron de adulto las mujeres como ella, pero sé que era hermosa. Tenía un cuerpo atlético, la manera de caminar que tienen las personas que hacen deporte y que están acostumbradas a que el cuerpo les responda. Piernas largas y fuertes, no grandes, fuertes, de muslos que se curvaban hacia la rodilla, pantorrillas alargadas con unos gemelos que subían y bajaban, expresivos, se me ocurre decir ahora. Los brazos también eran largos y los hombros redondos, radiantes, porque siempre estaba dorada por el sol, imagino que por los deportes que hacía. Tenía los ojos un poco juntos, grises, y una boca de labios llenos. Siempre parecía a punto de reírse esa boca, como si estuviera conteniendo secretamente una broma que estaba dudando entre compartir o no. Eso la hacía muy graciosa. Mi madre siempre decía que Verónica le caía bien a todo el mundo. Ella no usaba la palabra graciosa, usaba la palabra agradable.

A Verónica le gustaba hablar, pero sus conversaciones no eran interesantes para mi padre. Creo que para mi madre sí, pero, las veces en las que las escuché, era mi madre la que hablaba. Varias de esas veces, Verónica lloraba. Tenía mala suerte con los hombres, eso le escuché decir a mi madre alguna vez. Las conversaciones que no le interesaban a mi padre estaban relacionadas con explicaciones distintas acerca de esa mala suerte, explicaciones que podían venir de otras vidas, de las estrellas, de los planetas, de combinaciones desafortunadas astrológicas o numerológicas con los hombres que se enamoraban de ella, de maldiciones o trabajos de alguna mujer que ella no

lograba rastrear, de problemas infantiles y, en alguna época, de pensamientos incontrolables que luego, era ella la que lo creía, se volvían realidad. No pude hilar muy bien todo esto de niño, pero en la adolescencia, cuando ya había pasado lo que pasó, mis padres hablaban de ella en la mesa y mi madre repetía estas teorías que a mi padre no le interesaban en presencia de Verónica pero parecían causarle mucha gracia cuando era mi madre la que se las contaba. Yo para ese entonces no sabía qué pensar de Verónica. Cuando hablaban de ella lo único que me preocupaba era que mi cara no se pusiera roja y me delatara. Pero mis padres siempre fueron distraídos o abstraídos el uno en el otro, para ser más exacto. Por lo menos en la mesa.

Cuando cumplí catorce años, me enamoré de Jazmín, una compañera que ni me miraba. Creo que todos estábamos enamorados de Jazmín, pero yo pensaba que nadie la podría querer como yo y ocupaba muchas horas de mis días tratando de imaginar cómo demostrárselo. De esas horas, algunas estaban tomadas por mirarme al espejo. Era demasiado flaco y blanco, y estaba convencido de que algo estaba muy mal con mis hombros o mi espalda, no estaba seguro de qué era exactamente lo que estaba mal, pero me hacía infeliz mirarme al espejo. Siempre tuve un cuerpo llovido. La confianza en mí mismo estaba puesta en mi inteligencia. Leía desde los tres años y para los catorce mi mundo imaginario era exuberante. A Jazmín esto parecía gustarle, pero pasar de las conversaciones en grupo donde yo era bastante capaz de acaparar la atención de las chicas a estar solo con ella y hacer algo con mi cuerpo llovido era muy diferente. Entonces junté coraje durante semanas, tal vez meses, y la invité a la quinta. A pasar el día. Mi madre dijo que Verónica la podía traer en su autito el domingo.

Y Verónica la trajo en su autito el domingo. Era a fines de noviembre, hacía calor, había pileta. Jazmín y Verónica tenían la piel dorada, mi hermano se había ido a pasar el fin de semana a otra parte, mi madre y mi hermana tenían la piel oliva y parecían una sirena y su cría. Mi padre nunca estaba en la pileta, se quedaba adentro leyendo. Yo siempre lo imitaba y no me podía perdonar no haber previsto que la pileta en noviembre era inevitable. La ansiedad por la cercanía de fin de año y las vacaciones que me separarían de Jazmín me había cegado al peligro. Me sentía uno de esos animales translúcidos del fondo del mar. Bastó que Jazmín llegara a la quinta para que cualquier confianza que yo hubiera logrado juntar para invitarla desapareciera. Hablé y hablé y hablé. Un animal translúcido con problemas de incontinencia verbal es peor que un animal translúcido discreto. Yo sabía eso, me lo decía en mi cabeza, pero estaba imparable. Dejela hablar un poco a tu amiga, mi madre, tan compasiva siempre.

Cerca del mediodía, mi padre se asomó al jardín y Verónica se fue para adentro, sin comentarios. Después salieron los dos y almorzamos, tarde, y otra vez pileta y otra vez verborragia. En algún momento del día, abandoné toda esperanza, y lo que hicimos o dejamos de hacer quedó relegado por la sensación de inadecuación. Y llegó la hora de volver a casa.

—¿Por qué no te venís en mi auto? La llevamos a Jazmín y te llevo a tu casa —dijo Verónica.

Me hubiera gustado reconocer un gesto de alegría de parte de Jazmín, pero no puedo decir que

lo hubiera. Verónica dijo algo del itinerario, supongo que para justificar el orden de la entrega, como si hubiera necesitado explicárselo a alguien.

En el auto estuve callado por primera vez en el día. Iba en el asiento de copiloto, mirando por la ventana. La radio estaba bastante fuerte. A veces Jazmín se asomaba entre los dos asientos y le decía algo a Verónica. Olía a cloro. Cuando Verónica la dejó en su casa y me invitó a la suya, me sorprendió, pero ni siquiera se me cruzó por la cabeza decir que no. Cuando dejó las llaves del auto y de la casa en un canasto en la entrada y me ofreció café, dije que sí aunque nunca tomaba café, cuando me dijo que me sentara donde quisiera que ella venía en seguida, me senté en el piso con la espalda contra el sillón. La escuchaba moverse detrás de una puerta frente a mí. La canilla se abrió, se cerró, había esos pequeños golpes que hacen los objetos cuando los apoyamos contra algo, si ahora quiero decir que escuché roces, miento. La puerta se abrió y Verónica salió totalmente desnuda. Me miraba a los ojos, no sé si para ver mi reacción o para atarme con la mirada. No sé qué pensé. Sé que nada de lo que sentí se pareció a lo que podría haber contado si hubiera querido contarle para despertar la envidia de mis amigos. Ella avanzaba hacia mí y yo no podía moverme. Mi cuerpo pesaba como un animal muerto en la orilla. Sabía, porque sabía, lo que se esperaba de mí, sabía que no me estaba pasando, que un cuerpo tirado en la orilla no reacciona, ninguna parte de un cuerpo tirado en la orilla reacciona.

Verónica se arrodilló a mi lado y me bajó el cierre del pantalón. Me lo sacó. Su pelo me rozaba las piernas, pero todo lo hacía mirándome a los ojos y yo no tengo la menor idea de lo que ella veía, pero no me estaba mirando a mí porque, aunque yo no me viera a mí mismo, el terror que sentía no puede haber sido posible de ocultar. Me apoyó la mano en el sexo. Estaba fría. Yo dejé de respirar. Me gustaría decir que quería reaccionar, pero el deseo más poderoso que tenía era el de que eso que estaba pasando no estuviera pasando, que se evaporara la escena entera. No sé cuánto duraron los intentos de Verónica para que yo no estuviera todo muerto. Creo que me habló, debe haber dicho cosas, debe haber tratado de tranquilizarme, si dijo algo para excitarme, no lo recuerdo. Me besó. Me metió la lengua en la boca. Yo me dejé besar. Sé que me tomó la mano y la puso sobre uno de sus pechos, cuando la soltó, mi mano quiso dejarse caer pero se quedó ahí, pegada, más indiferente aún que cuando estaba lejos. Pero tal vez decirle indiferente es darle un sentimiento que no existía. Me tomó de la otra mano y se la puso entre las piernas, pero ahí sí mi mano reaccionó y se apartó.

Cualquier otra cosa que diga, va a ser algo que fui agregando con el tiempo. Hasta ese momento nunca había pasado de imaginarme besando a Jazmín con los labios apenas abiertos, con las manos en su espalda. El peso de lo que no entendí todavía arrastra lo que sí entiendo.

Redoble de tambores

El padre había dicho que esa iba a ser una noche especial y el padre era como los dueños de un circo, los palillos de los tamborileros redoblaban con énfasis desde el anuncio. Tanto la hija como la madre sabían que él exageraba todo, pero había que seguirlo en el entusiasmo, festejar mucho la salida, sentir sorpresa y deleite ante cada uno de los lugares que elegía en esa ciudad extranjera. No había lugar para ningún estado de ánimo que no fuera el de celebración. Ellos eran una familia que disfrutaba de la vida, ellos eran bellos y felices y se amaban sin aristas. La hija había aprendido la lección desde niña, el padre exigía que, cuando sonaba el timbre que anunciaba su vuelta a la casa, ella corriera a la puerta a recibirlo. No había nada, absolutamente nada que justificara que ella se quedara en su cuarto o estuviera ocupada en otra cosa. La hija no se había preguntado todavía si su madre había recibido la misma orden, pero su madre también corría a la puerta. Sería injusto decir que la hija lo hacía a disgusto, la alegraba mucho ver a su padre, la alegraba ese rito cotidiano, solo una vez en toda la infancia sufrió las consecuencias de no cumplirlo y ya no recordaba la ira de su padre, las palabras que le dijo, la manera en que se transformó en un desconocido que quería lastimarla.

En este viaje para festejar sus dieciséis años, las consignas eran muchas y había que cumplirlas. La recompensa era la felicidad, aunque fuera una felicidad como un globo que ella tenía en la boca y su padre le pedía que siguiera inflando, y ahora ella quisiera a veces escaparse. Dejar de soplar.

La madre tenía un vestido con los hombros descubiertos, el cuello largo, el pelo suelto; el padre se había puesto una camisa de lino blanca, ennegecedora, con olor a limpio; los tres estaban radiantes. En el ascensor del hotel una adolescente que bajaba al lobby con su hermano les preguntó si eran famosos. El padre y la madre se rieron, los tambores redoblaron al borde del gran acto, la hija salió del ascensor detrás de sus padres con la impresión de que todos los miraban. Se retrasó un poco, a propósito, para separarse de ellos, para saber si podía, ella sola, acaparar las miradas. Y vio que sí, que las personas miraban a sus padres y después a ella, que ella también despertaba emociones para las que no encontraba palabras todavía, pero sí, ese hombre joven la estaba mirando a ella, a ella sola, a ella sin su madre, sin su padre, y ella sintió una suave ola de calor que le subía por el cuerpo. Si se hubiera visto de afuera, habría sabido el encanto que le daba ese calor, cómo le hacía brillar los ojos y la piel de las mejillas. No sería exacto llamarlo

vanidad, no en ella; era algo nuevo, algo que ella todavía no conocía bien, los primeros signos de un poder que no sabía cómo usar.

Había mucha gente en el restorán, y la barra de tragos era una de las más conocidas de la ciudad. Era parte del plan del padre que tomaran un trago acodados en la barra. Un bellini para la hija, otro para la madre, el padre se pidió un martini, le trajeron el vaso triangular, la aceituna clavada en la espada pequeña, como un corazón. En el espejo detrás de las botellas, la hija se miraba y miraba la gente que pasaba por detrás, las caras perdidas entre los licores, las etiquetas, las transparencias, un hombro, un traje, una camisa blanca, un aro, sus propios ojos por encima del borde del vaso y el color durazno en los labios antes de lamerlo. No podía escuchar a sus padres que hablaban de personas que ella no conocía, pero estaba pendiente del barman. Había algo en la voz que la tenía en vilo. O tal vez fuera la manera en que él la miraba mientras hacía los tragos y el hecho de que los hiciera frente a ella, que hubiera elegido hacerlos allí porque lo había visto correr las cosas para quedar justo frente a ella. Trabajaba rápido, sus manos largas y certeras no desperdiciaban ni un movimiento, y ella las seguía como hipnotizada en los viajes breves a los cuencos, a las botellas, en ese baile con las cosas, las rodajas de limón, las cerezas, las aceitunas, el hielo picado, la coctelera transpirada. ¿Otro bellini? *¿Do you speak English?* Y los ojos oscuros y la boca un poco burlona, el cuello fuerte, la camisa entreabierta apenas, algo diferente en él, diferente a los chicos con los que ella estaba acostumbrada a salir, un territorio extraño. El maître d' les avisó que estaba la mesa y el barman —¿cómo lo había hecho?, ¿cuándo lo había escrito?— le deslizó un papel en la mano, después le dio la mano a la madre y al padre. *Lovely daughter.*

Estaba hipnotizado, dijo el padre. Vanidad. Ella fue al baño. El papel tenía un teléfono y un corazón mal dibujado. A ella le pareció que su cuerpo no alcanzaba a contener la emoción. Toda la comida tuvo que fingir que celebraba los platos y las explicaciones de los platos cuando lo que estaba celebrando era otra cosa, algo que todavía no había pasado, el tiempo desplazado hacia adelante al momento en que los padres se fueran a dormir a su cuarto y ella al suyo, puerta de por medio, para llamar, aceptar, cerrar la puerta con llave, escabullirse, tomar el ascensor, subirse a un taxi, llegar al restorán, volver a la barra, aceptar un trago, otro, aceptar la atención del barman, mentir su edad, no preguntarle la de él, seguir aceptando tragos cuando las personas se desenfocaban, nada que no le hubiera pasado antes, en las fiestas de sus amigos, en los bares de su ciudad, en las casas cuando jugaban a las cartas y la prenda era tomar, pero esto era distinto. Se estaba riendo mucho, pero no se escuchaba. El barman le acomodó el pelo detrás de la oreja, le deslizó un dedo frío por la nariz, le apoyó el dedo un instante sobre los labios, un instante, y ella sintió la boca del estómago, un vacío entre las piernas. Había otras mujeres en la barra, mujeres más grandes que ella, ellas también llamaban la atención del barman, la hacían pensar en gallinas, cocorococó, inflaban las plumas, lo llamaban por su nombre, él las atendía, pero volvía a ella, la presentó a varias, les dijo de dónde era ella, y las mujeres fingieron interés, pero era un interés

helado, condescendiente, como si creyeran que sabían algo que ella no sabía. Cocorococó. Ella, en cambio, era un cisne. Cuando cerró el restorán y él le rodeó la nuca con la mano larga, el cuello de cisne se dejó hacer, se dejó besar, respondió los besos aunque ella ya no estuviera segura de que quería ir a otra parte con él. En algún momento para ella la noche se había completado, como si hubiera un borde donde algo se acaba, una frontera para la que ella no tenía papeles.

No podría acordarse después si había llegado a decir que prefería volver a su hotel. No podría acordarse de muchas de las cosas que pasaron, lo que siguió tuvo lagunas que fueron cambiando de lugar en el mapa. Pudo deducir algunas. Imaginó que habían tomado un taxi porque se acordaba del momento en el que él le metió la mano en la bombacha y estaban en un asiento trasero y la ciudad pasaba del otro lado de la ventana y ella vio la nuca gruesa de un hombre frente a ella antes de decir que no. Se oyó decir que no, pero lo que más la preocupaba era no vomitar, no vomitarle encima a él. Fue lo primero que hizo cuando entraron a ese cuarto que en el recuerdo parecía haberse materializado como si ellos nunca hubieran bajado del taxi, nunca hubieran tomado un ascensor, como si él nunca hubiera abierto una puerta y la hubiera tratado de empujar a la cama. Ella pudo preguntarle dónde estaba el baño.

Quiero irme, dijo cuando salió del baño. A él no le pareció buena idea. De pronto parecía bastante borracho también, ella no se había dado cuenta de que él también estaba borracho. Y ya no le parecía agradable, tenía una mueca de ¿desprecio?, ¿decepción? Ella estaba llorando, no quería llorar, pero estaba llorando. Y él la estaba tratando de desvestir, le levantaba la pollera, le decía cosas, palabras que ella no conocía y palabras que sí conocía, puta, concha, y cosas que quería hacerle, que le iba a hacer. Y ella le pidió perdón y le dijo, ahora sí, que tenía dieciséis años. Él la empujó sobre la cama. Se le tiró encima, la insultó, le tapó la boca porque ella gritaba, pero después la agarró del pelo y le tiró la cabeza hacia atrás. Ella seguía llorando. Y él pareció verla de repente, la miró como si ella hubiera aparecido de golpe en esa cama, debajo de él y saltó hacia atrás. No se entendió lo que dijo o ella no se acordaría de las palabras. Pero del rugido sí se iba a acordar. Para siempre. Iba a pensar en él muchas veces en su vida. Él la empujó hasta la puerta y le cerró la puerta en la cara y lo escuchó golpear la puerta o la pared. La cartera de ella estaba adentro.

El tercer taxista que paró la llevó de vuelta al hotel a pesar de que ella no tenía dinero. Casi no lo miró. Era negro y cuando ella se bajó del taxi le dijo que se cuidara. En el ascensor, se vio el maquillaje corrido en el espejo, estaba muy pálida. Aunque no podría haber dicho qué era lo que había cambiado porque no era en el espejo, había una pátina, ahora, entre ella y lo que estaba frente a ella, entre ella y ella misma en el espejo. Nunca les contó nada a sus padres. Al día siguiente los tambores redoblaron por alguna novedad, y había que estar a la altura.

La caja con la ranura

Fue como si ellos dos abrazados en la cama revuelta estuvieran en una caja con una ranura y alguien hubiera deslizado por la ranura la otra imagen, solo para ella, como si eso que ella recordó de golpe hubiera estado esperando una oportunidad para volver. La obligó a apartarse de él de un salto. Después manoteó la sábana y se tapó el cuerpo. ¿Qué podía hacer con eso? No se lo podía contar a ese novio.

No se lo pudo contar a nadie por siete años. Todavía no sabe cómo hizo para llevarlo sola siete años, como siguió viendo a su familia, criando a sus hijas, el novio que estaba con ella en la caja con la ranura se fue, vinieron otros. No sabe cómo hizo esos siete años. Cuando por fin lo dijo, sentada frente a la mujer en uno de los tantos jueves, sintió que le salía del cuerpo y ocupaba todo el espacio, pero no dejaba de estar en el cuerpo, ahora era casi peor porque estaba adentro y afuera, y la rodeaba. La mujer la escuchó en silencio y le dijo que tenía que contarle, que tenía que confrontar a sus padres. Ella pensó que sí, que tenía que hacerlo, pero seguía pasando el tiempo y no podía. Los veía seguido, pasaban fines de semana enteros en la casa en el campo, ella iba con su hija, comían asados bajo los árboles, en verano nadaban en la pileta, salían a caballo, en invierno se sentaban frente a la chimenea, ella, sus padres, sus hermanos, sus hijas. Navidades, Años Nuevos, cumpleaños, casamientos, nacimientos, bautismos, un velorio, tres entierros. Lo que ella no hablaba era algo concreto en la garganta, arena, una piedra, una trampa de metal. Ellos pensaban que no comía por cuidarse la figura, después de todo esa era la obsesión más persistente de su madre, el peso, las caderas, la panza muy chata, tantas veces se paraba de perfil frente al espejo para constatar que a su edad todavía no tenía un gramo de más, su madre carita de hada ciega.

Todos los jueves, o casi todos los jueves, la mujer le insistía para que hablara. Eso la estaba comiendo. ¿No se daba cuenta? Tenía que contarle. Pero fue su hija mayor la que, sin proponérselo, la empujó a decidirse. Había estado muy callada y ella le preguntó qué le pasaba y como la hija no quiso contarle, ella le recriminó su silencio. ¿Vos me echás en cara mi silencio? Vos estás triste hace mucho más tiempo y no me contás nada. ¿Tan evidente era? Entonces se lo contó al padre de sus hijas. Ya no estaban juntos, pero por algún extraño motivo él fue la persona a la que quiso contárselo. Y él también le dijo que tenía que confrontar a sus padres.

La acompañó. Se sentaron en el living del departamento de los padres. A su madre hada le

brillaban los ojitos. Era fácil saber qué pensaba, pensaba que ellos iban a volver a estar juntos, que el hombre no separa lo que Dios ha unido, por fin sus rezos habían sido escuchados, en agradecimiento anticipado se tocaba la medalla de la virgen que le colgaba del cuello. El padre hacía girar los hielos en el vaso de whisky, el cuerpo reclinado en el sillón y esa sonrisa suya de curiosidad, como si la vida estuviera por sorprenderlo, nunca se había dado por vencido, tenía que haber algo más para él, lo merecía. Chispeante, decían todos los que no conocían sus ataques de ira en privado.

Ella habló entonces. El cuerpo de su exmarido soltaba un calor que ella sentía a lo largo del suyo, en el costado, pero estaba helada, la boca de su madre se apretaba, ¿cuánto más podía apretarse la boca?, los ojos de hada se iban helando, cuchillitos de punta alfiler. Su padre se tomó el whisky y se paró a servirse otro, en el silencio de después solo se oyó su oro líquido volcándose en el fondo del vaso, los hielos acomodándose en la cubetera.

Su madre dijo que era imposible.

—Son recuerdos que te implanta esa judía resentida.

Su padre dijo que él no se acordaba de nada, que si ella lo decía él lo iba a tratar de aceptar, pero que no se acordaba de nada. Dijo, después de otro silencio, que cuando tomaba mucho era capaz de hacer cosas que después olvidaba totalmente, repitió que iba a tratar de acordarse pero que tenía muchas lagunas. No la miraba a los ojos cuando dijo todo eso y ella estuvo a punto de llorar de agradecimiento. El solo hecho de que no lo negara de plano abría la trampa de metal en la garganta. Pensó que iba a sanar entonces porque lo había podido hablar, porque él no lo había negado, bendito él. Eso pensó ella, bendito él. No quería decirle a la mujer lo que había dicho su madre, pero se lo dijo.

Los mensajes de la madre empezaron a llegar al día siguiente. Hada furiosa. Que no se le ocurriera divulgar esa mentira, que ella misma con su varita mágica iba a destrozarle la vida si se le ocurría contárselo a alguien más, que cómo se había atrevido a llevar a alguien ajeno a la familia, hacerlo partícipe de semejante fabulación. Qué clase de excusa era decir que era el padre de sus hijas, era ajeno, era un extranjero a la sagrada familia de ella, la hadita, a la alegría impertérrita del esposo príncipe azul, que la boca se le pudriera antes de contar algo así. Se le había estado pudriendo por no contarle, escribió ella, tenía las manos empapadas cuando tecleaba mamá, no miento, mamá, no mentí, fue así, lo borré durante años, pero fue así, mamá. Mentirosa, siempre enamorada de tu padre, vos. Bien que lo buscabas.

La mujer le pregunta si cree que los hombres son inimputables. Cada vez que se encuentran en una celebración familiar, el padre le pregunta cómo está y ella a él le dice que no sabe, que bastante bien. Pero no está bien. Y lo que no sabe es por qué es a su madre a la que no perdona.

III

Si subiera al cielo, allí estás tú; si tendiera mi lecho en el fondo del abismo, también estás allí.

Salmos 139, 7-8

Pedazo de mí

Con un hilito de agua caliente alcanza. Un hilo muy finito, muy caliente. Eso es lo que se necesita: un hilito. Entra por un solo lugar, una aguja larga de agua hirviendo que después crece y va contagiando a todo el resto. Contagiando, me salió. Como si fuera una enfermedad. Está el cuerpo ahí, en el agua, y lo caliente aparece desde los pies y te va envolviendo. Después toda el agua de la bañera se calienta. Solo hay que abrir el agua y dejar que entre ese hilito de calor. Hace frío acá. ¿No tenés frío? El chiflete que entra por la ventana se siente mucho más en tu cucheta que en la mía. Acá abajo está helado, pero si levanto la mano hasta acá, mirá, acá sopla mucho peor. No se puede creer que por una ventana tan chica entre semejante frío. Es un ventanuco. Es como el chorrillo de agua caliente, pero de viento helado.

No le lavé bien los pies. Es difícil lavarle los pies a otro. Los dedos se patinan, se te escapan de las manos. Y Totó era inquieto. Le daban cosquillas. Heredó las cosquillas de su papá. Al padre nunca le pude tocar los pies. ¿Te das cuenta? Una paradoja. Un colmo. No le podía tocar los pies a mi propio marido. Para qué habré estudiado reflexología si en mi casa no podía hacer lo que había aprendido. No te creas que es fácil aprenderse todas las terminaciones nerviosas, todos los órganos en miniatura ahí en la planta de los pies. El estómago, el hígado, el bazo. El bazo. Y los pies de Totó peor porque eran más chiquitos todavía. Cuando nació no medían ni tres dedos. Llegaron al tamaño de mi mano. Pero iguales a los de su papá. Igualitos. El dedo gordo bien gordo y esas almohadillas flacas, pálidas. El dedo gordo es la cabeza. Dos inteligentes él y su papá con esos dedos gordos. Se comía el huevito el dedo gordo. El huevito que yo compré y cociné. Yo le eché la sal y lo revolví y el dedo gordo se lo comió. El tuyo también es de inteligente. ¿Te molesta que te lo haya mirado? Yo le miro los pies a todo el mundo. Como si pudiera defenderme por saber cosas de las personas.

Ahora tengo los pies inundados. ¿Ves todas esas ondas como olitas que bajan hasta el talón? Eso es cuando se inundan. Mirá. Eso es cuando te agarra el agua de las emociones y te lo embarra todo. ¿Ves las olas? Bajaron hasta la tierra. El talón es la tierra. Cuando se inunda así no te queda tierra donde pararte. En la tierra se ve lo que tenés. Pero tener no es solo tener cosas. Es tener un lugar y tener personas que sentís que son tuyas. Nadie es de nadie, ya sé, pero tener es también tener personas, tener afectos, tener un hogar aunque no sea una casa de piel y huesos. Qué digo. Se me escapa cada cosa. Tener un hogar aunque seas pobre y no tengas una casa con paredes y techo.

Pero está bien, ¿no? Que tener sea sentir las manos llenas, el corazón lleno. Suena raro lo de tener personas, pero si te imaginás que es tenerlas en el cuerpo, no es tan raro. ¿Nunca sentiste que tenías a alguien en el cuerpo? No es solo eso de te llevo en mi corazón. Se puede llevar a alguien en las manos, en la punta de los dedos, acá, entre las piernas. Cuando tocás a alguien como yo tocaba al padre de mi hijo después lo tenés en el cuerpo.

No me gustó cuando lo conocí. Él después me dijo que para él fue amor a primera vista, pero para mí no. Yo era mucho más joven. Me empezó a perseguir. Yo me dejaba. No me tocó un pelo durante mucho tiempo. Dice que se dio cuenta de que yo estaba esperando que él me tocara para dejarlo, que supo que si me tocaba, perdía. A lo mejor es verdad. Yo puedo acostarme con alguien y no entregarme. Y cuando es muy pronto pienso cosas como ¿ya la metiste? ¿Estás tranquilo ahora? ¿Ahora ya podemos hablar o ya no te interesa? Me agarra por pensar que me convertí en una cosa con un agujero. La entrega lleva tiempo. Si vos lo hubieras conocido, lo habrías visto exitoso, bien vestido, seductor. Seductor hasta con las plantas. Mujeres, hombres, niños, animales, plantas. Espejitos de colores. El hígado es el órgano de la realidad. Por eso se dice que algo te cayó como una patada en el hígado. En los pulmones está la pena. Cuando hay agua en los pulmones hay mucha pena. ¿Te tocó alguna vez en la vida alguien así? Hay mujeres que no se enganchan con esos tipos. Yo pensé que no me gustaba, y lo dejé hacer. Lo dejé perseguirme, lo dejé seducirme. Caí como un chorlito. Abajo del segundo y tercer dedo están los ojos, la vista. Cuando estaba con él soñaba que no veía. En algunos sueños veía a través de los ojos entrecerrados. En otros veía borroso, tan borroso que era como estar ciega. En otro no podía abrir los ojos. Hacía fuerza y no podía abrir los ojos. O abría los ojos pero apenas, solo una raja. Veía todo a través de esa raja angosta, era imposible hacer lo que tenía que hacer. Él era una araña. Cuando me hablaba tejía su tela a mi alrededor. Me tejía su tela de araña en los ojos. Pero al principio no me gustaba. Me quedé por curiosidad o porque era emocionante recibir tanta atención. Como una hija favorita.

Un día, qué sé yo por qué, qué hizo o qué hice yo o qué pasó o pasó Cupido y me clavó una de sus flechas. Cupido tiene los ojos vendados. Fue inesperado para mí, solo para mí, él lo venía armando con método, pero para mí fue inesperado, de repente creí que había encontrado mi otra mitad. Qué metejón. Me dolía acá. Como si me hubiera mordido el corazón. Pensaba todo el día en él. Me pasaba mirando en mi cabeza las imágenes de cuando estábamos juntos. Una y otra vez, una y otra vez y otra y otra y otra. Su cuerpo. Ahí él empezó a jugar conmigo. Un rato sí, un rato no. Un día sí, tres días no. Hacía cosas. No decía nada, pero hacía. Se volvía helado. Me volvía invisible para él. El bazo es la soledad. Lo veía encantar a todos y no me miraba. Me dejaba abajo, en la puerta de mi departamento, como si no fuera a verme nunca más en la vida. Seducía a otras mujeres. Me acuerdo de una noche en un restorán con una morocha que salía con un socio de él. Ella estaba un poco sorprendida de recibir tantas atenciones. No era tan linda. Y el marido era un gordito ineficiente. Se veía que ella estaba bien instalada en su papel de esposa. En el pie no se

marca la esposa o el esposo. Se marca la soledad. Si tenés una marca en el pie izquierdo debajo de la almohadilla, en el bazo, ahí está el bazo. El bazo es la soledad. Ya te lo dije. ¿Te imaginás a la soledad con lo inmensa que es toda amontonada en el bazo? De ahí emana su veneno triste y te termina marcando el pie como si te hubieran dado un puntazo. El tajo de la soledad. El gordito había hecho plata con las mesas de dinero, pero no era un buitre, era un gordito que nunca en su vida había sido bueno en nada, pero de repente estuvo en el lugar indicado en el momento indicado y todavía no salía de su asombro. Ya estaba bastante montado en el caballo y se había conseguido esta morocha y la vareaba por ahí en su auto enorme, le había regalado un anillo de diamantes. Tenía tanto ese gordito, tenía a la morocha, tenía la billetera llena, el diamante. Seguro que tenía un talón rebosante, redondo, rosado, gordito. El talón de él, en cambio, era angosto. Podía tener toda la plata del mundo que su talón iba a seguir así, angosto como el de los que no tienen nada. A veces esos que no tienen nada de verdad tienen unos talones enormes, como si lo tuvieran todo. Y tenés otros con los dedos largos como antenas y los talones angostos, talones de no tener nada, no tienen nada más que esas antenas a los mundos otros. Algunos de esos que hablan con los muertos. Él despreció al gordito y decidió levantarse a la morocha. El gordito miraba la escena y estábamos los cuatro ahí y yo no hacía nada y el gordito solo pensaría en conseguirse el socio. Quería tener el talón más redondo todavía. Si el precio era entregar a la morocha, parecía dispuesto a pagarlo.

La alegría no hace una marca en el pie. Es algo que ves en el pie sin poder decir donde. Está ahí porque no están las otras marcas. No está el tajo de la soledad, no hay un callo en el corazón, no hay dedos torcidos que se confunden unas cosas con otras, no hay agua en los pulmones. Yo desaparecí para todos. Ninguno me miraba. Él no me tocaba. Había estirado el brazo por arriba de la mesa hasta casi tocarle la mano a ella. Y ella dejó la suya ahí, bien cerquita, con su anillo inmenso y el diamante como una estrella. ¿Cómo serían los talones de ella? ¿A quién tenía ella? A un gordito que la regalaba. A lo mejor ella tenía las plantas de los pies muy blancas, los pies pálidos de los muertos. O no. Las almohadillas y el borde de los pies muy rosados, casi rojos, llenos de fuego. O los dedos encorvados como garras. El mantel era rojo. Mis manos se habían puesto blancas. Como si la sangre se me hubiera vaciado en el mantel. La sentí vaciarse. ¿Alguna vez sentiste cómo se vacía la sangre? El cuerpo se hiel. Deja de latir. Sentís cómo te escurrís por los pies. Toda entera. Pero los ojos siguen mirando. No eran solamente celos. No era con ella la cosa, era con él. Era esa manera de abandonarme en cualquier parte, de dejarme sola como si yo hubiera desaparecido. Las otras mujeres no eran lo más importante. Lo más importante era que él quería lastimarme. Él quería vengarse de algo que yo no le había hecho. El deseo de venganza debería marcarse en los pies. Que se viera. Vos a lo mejor tendrías esa marca. Todas acá la tendríamos. Debería estar en la garganta, sí, debería estar en la garganta, porque es sed. Él era un hombre que cargaba una profunda humillación. Dios mío, cuando me miraba con esos ojos negros que tenía. Cómo me miraba. No sabés cómo me miraba. Y de repente, dejaba de mirarme. *Llévate*

tus ojos, que la nostalgia es el peor tormento. Él era todo para mí. Esa noche volví a mi casa y me arrodillé en el piso a llorar. Me puse a rezar. Le pedí a Dios que lo arrancara de mí, que se llevara de mí ese deseo por él. No era por la morocha, era por todas, era por todo, era porque yo no daba más. Pero Dios es raro.

Esa noche yo tenía los pies inundados. Una olita al lado de la otra, al lado de la otra, al lado de la otra, como si los hubiera metido en el agua durante todo el día. Me los miré antes de irme a dormir. En esa época yo me masajaba los pies con crema antes de irme a dormir. Es lindo. ¿Vos nunca te hiciste masajes en los pies? Es más lindo que te hagan, pero es lindo hacerse también. A mí me quedó para siempre lo de mirármelos. No se ven bien los pies propios porque los tenés que doblar así, y así no se ve bien cómo están. Pero yo me puse un espejo a los pies de la cama y me los miraba. Cuando están así como esa noche, inundados, no tenés ganas de nada. Es como si viniera una ola de mar y te apagara las ganas. Yo me lo imagino helado a ese mar. Te apaga hasta los pensamientos. ¿Sabés dónde están los pensamientos? En los dedos. Pero hasta los pensamientos se ahogan con ese mar. *Después andar sin pensamientos.* Ya quisiera yo andar sin pensamientos.

¿No me vas a hablar nunca? ¿Nunca? Deberías tener un tajo en el cuello del dedo gordo, en la garganta. Los que no hablan tienen una marca ahí. La cabeza piensa, recibe inspiración, pero la garganta corta. Nada se vuelve materia. El dedo gordo se llena de palabras que no salen de la garganta, no pasan al corazón, te quedás muda aunque te mueras ahogada. Aunque me muera ahogada yo porque vos no me das nada, ni una sola palabra, ni siquiera tu odio o tu desprecio que te los guardás todos para vos. Nada que yo pueda tocar, nada que yo pueda devorar o tratar de deshacer. Vos muda. ¿No? Querés que me muera de sed.

El pie de él tiene esas almohadillas pálidas y chatas, tiene tan chato el pie que ni almohadilla tiene. En la almohadilla están los bronquios también. Y el corazón. Acá, el corazón, y en el medio, los bronquios. Los bronquios que son el recipiente de la rabia. Tal vez sea por eso que le dicen bronca. Los fumadores tienen callos en los bronquios. ¿Qué habrá debajo de los callos? Fumar te tapa la boca. Te tapás la boca para no decir. Es eso fumar. Acá fuman todas, ¿viste? Vos no. Vos no porque no te hace falta taparte la boca. Vos no querés hablar y no hablás. Y listo, ¿no? Una vez le hice un tratamiento a un fumador de esos que fuman hasta en la mitad de la noche. El tipo se levantaba de la cama a fumar. La mujer se fue una noche, cuando él dormía y le dejó una carta. Yo tendría que haber hecho eso. Tendría que haberme ido cuando él estaba dormido. Casi me imagino que a ella le dieron ganas de revolverle el pelo antes de irse, como a la de esa canción. Nos da por pensar que nuestro hombre es un chico que va a quedarse dormido sin apagar el cigarrillo. Durante el tratamiento que le hice al hombre este que te contaba, el que se levantaba a la noche a fumar, los callos se le pusieron rojos. Rojos cada vez más oscuros hasta que se le cayeron. Le dejaron un agujero en carne viva. No sabés lo que le dolía. Donde estaba la rabia le quedó carne viva.

Vos parecés enojada todo el día. A lo mejor vos también estás en carne viva.

No me vas a hablar. ¿No me vas a hablar nunca? ¿Nunca, nunca? ¿Ni siquiera para insultarme o gritarme o lo que sea que querés hacer?

Él a mí me dejó en carne viva. Se arrancó de mí. *Pedazo de mí. Mitad apartada de mí. Mitad exiliada de mí. Llévate tu cuerpo, que la nostalgia es el revés de un parto.* ¿Escuchaste la canción? Hay que escuchar las letras de las canciones. Siempre hay una letra para lo que te está pasando.

Él ni se enoja ni se deprime. A él nunca le pasa nada. O no le pasaba. Después le pasó. Él tenía esos dedos que se curvan hacia la tierra como garras. Hay que tener cuidado con esos pies como garras de águila. Ni rabia ni corazón, y los dedos curvos hacia abajo. Hay que tener cuidado con lo que guardan esas personas en el hueco de los dedos agarrados. Como el ave Roc me agarró. Me agarró al principio de mi viaje, yo era muy joven. Me agarró y me llevó por los aires en sus garras como a Simbad el marino. Y de repente me soltó. Qué quería que hiciera tirada en el medio de la nada, sola. Después el ave Roc le cayó encima a otra. La debe haber visto desde el aire, como a un ratón sin escondite, como me vio a mí. Él se creyó que la cosa era así. Suelto a una, agarro a otra. Adiós, Simbad.

Hacía cuatro años que estábamos juntos cuando me quedé embarazada. Toda la vida en las películas y en las publicidades ves que el padre se pone feliz y se abrazan, había una en la que el hombre le hacía caminar unos escarpincitos por el brazo a la mujer. Qué felices se ponen todos con los embarazos en las películas. Y a ellas las tratan como a reinas que cargan en el vientre un tesoro, y en las fotos están rodeadas de luz, tan dulces con las manos tocándose la panza. Cuando le dije que estaba embarazada me dijo abortás. Así, sin vueltas. Si no abortás, no me ves más un pelo. Elegí: este hijo o yo. Al infierno todas las imágenes de amor. De un plumazo. Pero yo quería mi bebe. Mi cuerpo lo quería. Mi corazón lo quería. La primera noche se me cruzó la idea de sacármelo, sacármelo y no verlo a él nunca más en la vida. Sacármelos a los dos de una sola vez. Volver a empezar. Él se había quedado dormido. Después de decir lo que había dicho, se había dormido como si nada. La noche no pasaba más. Y al amanecer sentí unos ruidos leves, unos aleteos. Algún pájaro había hecho nido en el aire acondicionado y los pichoncitos se pusieron a piar. Pío pío pío. Nunca más pensé en deshacerme del bebé. Nunca más.

Desde abajo del dedo gordo todo por el borde interno del pie, por acá y por acá, bajando por el arco, hasta el inicio del talón, ¿ves?, va la columna vertebral. Y se pueden leer también las marcas de los meses de gestación. Vos podés a ojo dividir el trayecto, suena demasiado largo trayecto, ¿no? Pensá que le podés leer el pie a un niño o a un bebé con un pie de tres dedos de largo. Él no quiso vivir conmigo. Yo vivía en un departamento en el microcentro. Pasábamos el fin de semana juntos y el domingo yo me subía a un taxi y volvía a mi departamento sola. Los domingos las calles del microcentro están llenas de bolsas de basura negras, como cadáveres apilados. No sé de dónde salen. Yo caminaba entre las bolsas amontonadas en la calle, en la entrada a mi edificio.

No había nadie. El domingo a la noche esa es tierra de nadie. Se oían voces y gritos de los que salían del bingo, pero no había nadie. La panza se iba poniendo pesada. Yo tenía todos los muebles en el cuarto y el living vacío. No podía habitar mi propia casa. Totó crecía en mi cuerpo y yo no podía salir de mi cuarto. Me había armado esa cueva para mi bebé y para mí. En otro cuarto tenía mi ropa en unos percheros, los zapatos en el piso, por cualquier parte. A veces los ordenaba. Ese iba a ser el cuarto de Totó. Ves marcas en el borde del pie, a lo largo, en los nueve meses de gestación también se marcan las cosas que nos pasan. Todo el tiempo nos pasan cosas, desde que empezamos. ¿Sabés qué le pasó a tu madre en el tercer mes de embarazo, en el cuarto, en el séptimo? El pie es un holograma. Tal vez todo sea un holograma. El todo dibujado en cada cosa. Solo que no lo sabemos leer.

La primera vez que sentí que tenía un bebé en la panza fue después de una pelea con él. Estaba tirada en la cama llorando y sentí algo que era como los aleteos de esos pichones. Burbujas. Era diferente a todo lo que había sentido antes. Sentí que Totó me decía acá estoy. Y pensé, ¿sabés lo que pensé?, nunca más voy a estar sola. Qué idiota. Qué idiota, ¿no?

Oh, pedazo de mí, oh, mitad apartada de mí, llévate tu mirada, que la nostalgia es el peor tormento, es peor que el olvido, es peor que la parálisis.

Cuando escuché por primera vez los latidos del corazón de Totó, eran los latidos de un gatito. Mi gatito. Iban tan rápido. Pero en la pantalla él se movía muy despacio, como en cámara lenta. Pateaba. A veces le veía el pie, perfecto, el dibujo del pie contra la piel de mi panza. Qué susto estar tan irremediamente atada, qué felicidad, y qué susto.

Ese sí que fue amor a primera vista. Me lo pusieron sobre el pecho.

Mirá estos pies. Todo tu cuerpo en la planta de tus pies. ¿Te das cuenta? Es un milagro.

De verdad creo que todo está en todo. En un pedacito mío está el universo. Hasta él, ellos. Están en la palma de mi mano, como un puñado de semillas.

Todas las frases que oíste en tu vida se te vienen encima. Una madre es, una madre es.

Una madre es una mujer que necesita un hombre. Me querían partir en dos. Yo no me partí. Faltó ese hechizo de los dioses del que hablan para que yo me dedicara solo a mi hijo y a nadie más, para que dejara de pensar en mí, en mi vida, en él, faltó ese hechizo para que yo pudiera estar con mi hijo tranquila mientras él le caía a la otra en picada para llevársela por los aires. Qué quería él que hiciera. Rompió su palabra. Ahora ya no se ríe más del dolor de mi corazón.

Hay personas que sienten que los demás son de ellos. Él pensaba que Totó era de él. Primero no lo quiso y después lo quería todo para él. Como si yo hubiera parido para que él anduviera por el mundo mostrándolo “mío, mío”, todo vanidoso “mío, mío”. Pensaba que era más de él que mío, me convirtió en una especie de maceta para sus semillas. Mi hijo al nido con él.

Lo venían a buscar, él y ella. Ella se quedaba en el auto, pero yo la veía. La miraba mirarme. Ella veía como Totó me soltaba la mano y corría hacia su padre. Me lo arrancaban. Donde está el agua, están los miedos. Cuando las olas bajan a la tierra. El talón es la tierra, ya te dije eso. Tener

no es solo tener cosas. A mí no me importan las cosas. Dejé de tener a mi hijo. El miedo te cambia la piel del pie, se llena de arrugas, como si fueras una viejita, había tanta agua en mis pies que mojaba los zapatos, adentro, como si caminara en el mar. Al ave Roc ya no le alcanzaba con tenerlo los fines de semana. Lo quería todo el tiempo. Decía que era mejor para Totó una casa más familiar, con perro y hermanos porque él iba a tener un bebé. Y empezó a hacer unos papeles.

Acá en esta parte está el fuego. Los pulmones, el corazón debajo del dedo gordo, en la parte gordita, contra el borde. ¿No querés mirar? El día de mañana te puede servir, si aparecen manchas ahí hay que consultar con un cardiólogo. Se puso todo rojo. Era un incendio. Yo sentía el fuego en el pecho, un calor tan fuerte que a veces me despertaba a la noche y pensaba que me había dormido fumando, que mi cama estaba en llamas, mi cuerpo, mis huesos. Ojalá. Pero no. Era la ira. La ira no tiene padre ni madre, decía alguien, nació de la boca de un león.

¿Por qué las cosas se encadenan unas con otras de esa manera? ¿Por qué no apareció nadie a tiempo? Fue tan hermoso por ese instante olvidarme de la dulzura. Yo tenía esa posibilidad dentro de mí. Esa dureza. La había tenido siempre. Tapé todas las cosas con paños negros. Los espejos, los retratos, la fruta en la frutera de la cocina. Tapé todo para que su alma no se tentara con las cosas de este mundo. Parece que fuéramos necesarios a las cosas de aquí, estas cosas efímeras que extrañamente nos solicitan. ¿Quién era que escribió eso?

A lo mejor Dios me había dado a Totó para que yo lo amara como dicen que las madres aman a sus hijos, y me olvidara del padre. Pero conmigo no resultó. Yo traté. Pero no resultó.

Vos no me creés que yo traté. Vos creés que eso es natural. Vos creés como dicen todos, que la mujer que es madre, más que mujer es un ángel y todas esas cosas que dicen en las tarjetas del día de la madre. Vos creés que soy un monstruo.

Dicen que lo último que perdemos es el sentido del oído, que podemos escuchar el susurro de la sábana que nos tapa la cara, la lapicera del médico que raspa el papel cuando firma el acta.

Un hilito de agua caliente que contagie toda el agua. Otra vez dije contagie. Es igual que la sangre, un hilito solo y después queda toda el agua.

¿Que habrá escuchado Totó? ¿Mi llanto? ¿Mi silencio? ¿O habrá escuchado el agua? El agua. Sí. Como cuando era mío.

IV

Por causa de lo que has hecho, ¡maldita serás entre todos los animales, tanto domésticos como salvajes! Te arrastrarás sobre tu vientre, y comerás polvo todos los días de tu vida.

Génesis, 14

La zorra ilusa

Tal vez el problema sea que soy implacable en las primeras salidas. No. Tal vez sea que estoy desfasada, que cuando yo entro él acaba de salir. O él camina a una cuadra de distancia, siempre a una cuadra, y no me lo cruzo. A veces en la autopista podría jurar que está en el auto de adelante o en el de atrás o a tres autos de distancia, tan cerca y tan lejos. Puede ser eso, que estoy apenas adelantada en el tiempo. O atrasada. Pero no. El problema tiene que ser que soy implacable en las primeras salidas. Siempre lo fui. En la adolescencia apenas un chico me hacía la lista de preguntas predecibles, dónde vivís, a qué colegio vas, adónde vas de vacaciones, la decepción me pesaba en el alma. Mejoré. A lo que dan en llamar “la mitad de la vida” no puedo darme esos lujos, he desarrollado paciencia y, sobre todo, ternura. Pero decido muy rápidamente si un hombre me va a interesar o no. Muchas veces no me interesan.

Después pasan otras cosas. Con el tiempo soy capaz de tomarles cariño y hasta de creer que estoy enamorada, y termino en la cama con ellos sin demasiadas expectativas. La mayoría de los hombres que me han tocado en suerte son malos amantes: egoístas, apurados, vanidosos, pero con la suficiente arrogancia como para denigrar a las mujeres con las que se acuestan. Las excepciones han sido tan maravillosas que me empujan a intentarlo cada vez, a ilusionarme y a decepcionarme con el mismo entusiasmo.

Con César me vengo acostando hace años. No es un mal amante, pero se miente a sí mismo. Sospecho que le gustaría que le hicieran algo violento, algo masculino, pero no logramos la confianza como para que me lo pida, y no sé si será capaz de mirarse en ese espejo. Yo le sigo sosteniendo la imagen de gran amante porque hay algo que hago con frecuencia: volverme espejo y proyección a voluntad del interesado.

Podría no ofrecerme, correr el espejo para el costado y decir es acá, este sos vos. Él vería entonces a un hombre con una larga historia de mujeres abandonadas por el camino, un desconcierto muy grande frente a los sucesivos fracasos, una mentira que no termina de desenmascarar. Porque él dice todo lo que me va a hacer, pero la verdad es que no es para tanto. Hay ansias de desempeñarse, pero también el tufo sospechoso de las ganas de que se acabe pronto, de que yo quede contenta y podamos dedicarnos a algo menos arriesgado: leer juntos, mirar una película, comer, actividades todas que nos llenan de gusto. Y estaría muy bien si no fuera porque pretende engañarme para engañarse a sí mismo y yo tengo problemas personales con

la mentira.

Creo que hasta podría aceptar que me dijera que en realidad le gustan los hombres o las travestis, construir nuestra relación a partir de una verdad de esa índole. El problema, él probablemente lo sabe, es cómo haría yo con mis ganas. No es tan simple. De las paradojas se sale por arriba, dicen. No veo la salida. Sigo viéndolo de vez en cuando, me gusta conversar, ir al teatro, al cine, nos recomendamos libros. Cada vez que me deja en la puerta de casa me mete la lengua en la boca. Tiene una lengua gorda y un poco pastosa. Quizás toma antidepresivos. A veces me atrae. Me atrae cuando conversamos. Me atraen sus ojos y algo sólido que emana, una lealtad que mantiene a lo largo de los años, el olor de su casa, el de su auto, el suyo. Le tengo un cariño profundo. Pero también me enoja.

De todos los recuerdos que tengo con él guardo especialmente dos: una mañana en un hotel sobre el mar adonde fuimos por un par de días. Me levanté y él se acercó y pegó su cuerpo contra el mío. No me adelantó nada, me besó la nuca y a mí me arrasó el deseo. Fue un asunto rápido y feliz, una ola inmensa que me depositó en la orilla. Otro día él estaba tirado en un jardín. Hacía frío y el pasto crujía bajo mis pies, pero había uno de esos cielos de invierno muy azules y un sol que entibiaba la ropa. Lo miré desde mi altura porque yo estaba parada, los pantalones bajo el camisón y una camisa de franela gorda encima, pantuflas, pelo de ciruja recién levantada. Sentí felicidad de estar ahí con él, en ese jardín, en esa mañana. Me acosté encima y pensé que lo amaba. Probablemente lo amaba.

Con Horacio nos encontramos en un casamiento en el campo. Me tomó del codo para avanzar por el camino bordeado de velas encendidas y hasta bailamos juntos una música que no era un lento. Perdí la cuenta de los whiskies que se tomó esa noche. En un momento se paró y se fue sin despedirse, sin ninguna explicación. Simplemente se tambaleó hasta la salida de la carpa y desapareció. Una semana después me llamó para pedirme perdón por la manera intempestiva con que se había ido. Dijo que no sabía lo que le había pasado. Una amiga que nos vio en el casamiento me había llamado para decirme que Horacio le había pedido mi teléfono y que tenía problemas con la bebida. Lo dijo así “problemas con la bebida”. Yo me juré no salir con él. Le dije ni loca salgo con él. Cuando me llamó para invitarme a comer le dije que sí.

Caminamos por la calle, iba del lado de afuera, me tocaba suavemente la espalda para cruzar, estaba tranquilo, íbamos conversando camino al restorán. Es agradable caminar por la calle con un hombre.

Nos sentamos afuera. Al principio me preguntó algunas cosas sobre mí, pocas. Fumaba un cigarrillo detrás de otro. Terminaba uno, lo tiraba y agarraba el paquete para sacar otro. Le daba un par de vueltas entre los dedos y lo encendía. Debe haber fumado veinte en dos horas. Pidió una botella de vino, que tomamos entre los dos, y apenas se acabó pidió otra. Esa la tomó casi entera solo. Y desde más o menos la mitad de la primera botella en adelante nunca dejó de hablar. Habló como si no hubiera hablado con nadie hacía mucho tiempo. Los cuentos de la primera botella

fueron de su época de gloria como polista, cuentos de fiestas, de mujeres, de viajes. A principios de la segunda botella se fueron metiendo otros cuentos. Perdió un ojo a los catorce años por una astilla que se le clavó hachando leña.

—¿Cuál de los dos? —dijo estirándose sobre la mesa para que le mirara más de cerca los ojos.

Los miré alternativamente, me pareció que el izquierdo. Tal vez había sido eso lo que percibí apenas nos habíamos sentado. Tiene la mirada muerta, pensé en ese momento. Ahora supe por qué.

—Dame tu dedo —dijo. Yo me resistí un poco, pero terminé cediendo. Me hizo tocarle el ojo de acrílico. Me contó el accidente. Es un buen narrador. Me contó con lujo de detalles otro accidente en el que murió una bebida de meses de su hermana y después siguió con una larguísima estadía de su madre en terapia intensiva. Me contó desgracias llenas de detalles. Soplabá un viento frío y me helé. Me prestó su suéter.

Faltaba un cuarto de botella y los mozos se habían reunido en la calle. Él seguía hablando. Decidí entonces que no iba a tener nada con él, que no quería tener nada con él, ni siquiera sabía por qué había aceptado salir a comer.

En la puerta de casa quiso darme un beso y como yo no quise me preguntó de qué tenía miedo. Me invitó a pasar Año Nuevo con él en el campo, él y yo solos, no me iba a hacer nada que yo no quisiera, no me iba a violar, podía estar segura, pero mientras me lo decía seguía tratando de besarme aunque yo le había dicho que no.

Me atraía hacia él con fuerza y me abrazaba y me hablaba de mi miedo. Y yo sentía la contradicción entre entregarme a su abrazo o rechazarlo, pero no era porque deseaba abrazarlo a él, sino porque sería para mí un alivio tan grande entregarme al abrazo de un hombre. Solo que era evidente que no era este, que había, sí, una parte de él contenedora, amable y masculina, pero yo había visto que era alcohólico, lo había visto en dos oportunidades ya, a quién quería engañar yo con el cuento de que a lo mejor no fuera para tanto. A salvo en mi cama, me quedé dormida, agobiada por el cansancio. Un rato después sonó el teléfono.

—Estaba durmiendo —dije.

—¿Y no te gusta que te despierte?

—No.

Al día siguiente decidí decirle las razones para no verlo más. ¿Acaso no se había vanagloriado varias veces de su frontalidad?

—¿Querés que yo sea tan frontal con vos como vos conmigo? —le pregunté cuando me llamó.

—Es lo único que importa.

Entonces le dije que no me sentía capaz de estar con un alcohólico. Me sentí crítica y soberbia. Desalmada. Me sentí mal diciéndoselo. Me siento mal ahora.

—¿A vos te parece que yo anoche estaba borracho? —me preguntó.

—No sé si estabas borracho, pero tomaste mucho. Y fumaste mucho.

Claro que estaba borracho. No borracho de caerse al suelo, pero borracho que pierde la noción

del otro, borracho avasallante, insistente, con la violencia sorda de los borrachos. Dios mío. Y en el teléfono, con la negación de los borrachos.

Me hubiera gustado pasar Año Nuevo en el campo, en el silencio, sola con él. Me hubiera gustado mucho si él no fuera él.

Norberto es un flaco huesudo y filoso con dientes que parecen de leche. La piel muy finita se le pega a los huesos y se pliega en lugares inesperados como si tuviera vida propia, independiente de los huesos. Me es imposible imaginar con ilusión a este hombre en la cama. Lo imagino expresionista, debe ser de los que gruñen o rugen. Debe ser de los que hablan todo el rato. Se para con la cadera un poco hacia delante, las piernas separadas. Debe tener una pija grande. Sí, tiene parada de pijudo aunque nunca antes me puse a pensar en cómo es una parada de pijudo hasta que lo vi a él el otro día, al costado de la mesa del restorán, antes de irnos. No quiero constatar si tengo razón. No me interesa. Me dan impresión los dientitos de leche. Tiene ojitos chiquitos y lo imagino capaz de mucha crueldad verbal, de una crueldad inteligente y despiadada. Me irrita mucho y no sé por qué. Es un poco sordo o está pensando en paralelo, no entiende los chistes, se toma tremendamente en serio. Debe haber tenido éxito con las mujeres.

Soy mala. Su parada no era de pijudo: está operado de la cadera.

A veces hace cuentos que parece que van a ser muy interesantes, pero de repente se dan vuelta. Por ejemplo, hace la introducción para contar una conferencia que dio alguien famoso e inteligente que yo admiro, y yo espero un recuento de grandes temas, pero él dice de pronto que el conferenciante descartó la pila de papeles que había sobre el atril; para hablar de un recuerdo en el que él está involucrado, involucrado y mencionado con letras de neón, él mismo, dientitos. Y el cuento se cae. No habla del contenido de la conferencia sino del hecho de que el conferenciante famoso lo nombró a él frente a todas esas personas. ¿Qué me importa a mí que lo hayan mencionado en una conferencia? ¿Dónde está el interés? Su nombre, debería decirle yo, no alcanza para iluminar un relato. Es a él a quien esa historia emociona.

Mientras come, va seleccionando cosas dentro de la boca y termina muchas veces por sacarse alguna pequeña papilla por entre los labios, el descarte de vaya a saber qué. Un día eran pedacitos de pollo masticado, tal vez cartílago o piel o esas tiras de pollo secas que a veces tocan y que yo en público me trago. Otro día era piel de tomate de la pizza, pero otras cosas también. No me es agradable ver los restos masticados de su comida. No me importa que lo haga mientras sigue hablando. Se me van los ojos morbosos a sus dedos cuando los lleva a la boca para recolectar el descarte, arma la pinza, saca, deja en el plato, se limpia los dedos contra el mismo plato. No quiero mirar las montañitas que va dejando, pero es inevitable registrarlas un instante, como es inevitable mirar por un instante al muerto en el borde del camino aunque no lo queramos hacer.

Acepté ir al teatro con dientitos. Después del teatro me invitó a su departamento. Yo quería decirle que no. En mi cabeza dije no, gracias, estoy cansada. No quiero un té en tu departamento.

Pero mi voz dijo:

—Dale.

Y ahí estoy escuchando un cuento de mudanzas, de teteras que tienen muchos años, de mujeres que lo amaron. La tetera rusa de uno de los cuentos es realmente una belleza, pero el cuento en sí no tiene demasiado interés. Cuando acoto algo, lo tengo que repetir. En algún momento se queja de alguien porque no tiene sentido del humor. O sea que él se considera con sentido del humor. O sea que también yo podría estar equivocada, pensar que tengo mucho sentido del humor y descubrir que no lo tengo. Los dos acordamos en que no hay mejor sentido del humor que el que se ejerce sobre uno mismo. Si me preguntaran a mí, él carece totalmente de ese tipo de humor.

Bostezo varias veces y le digo que es hora de que me vaya. Me acompaña a la calle. Hay mucha humedad, una niebla baja que desenfoca las luces. Me iría caminando, pero él llama un taxi. Se despide con un abrazo muy fuerte. Mi cuerpo se vuelve de madera. Debo tener hojas de metal que se despliegan al contacto con su abrazo. No sé cómo no cae fulminado. Pero mi voz dice gracias, estuvo lindo, y no tengo idea de a qué me refiero. Compensó con mis palabras la vileza de mis pensamientos.

Al Gordito lo conocí en un cumpleaños. No tenía ganas de ir al cumpleaños. Decidí ir un rato y volver a casa a dormir, sabía que si tomaba me iba a quedar más de lo necesario, pero tomé igual. Él llegó más tarde y se sentó a mi lado. Los bigotes le daban aspecto de policía, pero no tuvimos que hablar mucho para que me gustara: un hombre macizo, que come como un heliogábalo, chupa hasta que cualquier otro se caería redondo pero sigue en pie y no dice pavadas. Cómo me gusta eso.

Tiene brazos de árbol, patas de árbol, parada de árbol. Es tan árbol que yo me fui recostando en él a medida que avanzaba la noche, y me hubiera quedado dormida apoyada en su cuerpo, a salvo. Vive en una chacra, carnea animales, cocina, anda en moto; fue al baño y volvió diciéndome que su bigote estaba demasiado grande y que tal vez su hija tenía razón y era hora de que se lo afeitara. Entonces pude pensar en besarlo. La verdad es que se me iban las manos. Lo quería tocar. Lo quería tocar todo el tiempo, quería agarrarle la mano cuando caminamos por la calle hacia el auto de sus amigos, y después en el asiento de atrás. Quería pasar mi pierna por encima de la suya y enredarlo. Quería tirarle el cuerpo encima. Me dijo de subir a casa pero le dije que no. Quién sabe por qué.

¿Cómo puede ser que un hombre tan prometedor se transforme en una cataplasma en apenas una semana? La única explicación que se me ocurre es que alguien le dijo que tenía que ser más sensible y le dio a leer libros de la nueva masculinidad o algo así. Un hombre como este no manda mensajes que dicen “sonríe, un día sin sonreír es un día perdido”, no se refiere a sus hijos como los enanos, con la voz melosa y emocionada por cada una de las cosas que hacen, y ni por casualidad entiende a su exmujer. Puede ser que en su gran bondad de árbol le arregle el techo y le limpie el tanque de agua aunque ella lo haya sacado a patadas de la cama durante dos años sin

mayores explicaciones, pero entenderla no la entiende, y, sobre todo, no le cuenta una intimidad así a su amante recién estrenada. No hay ninguna necesidad de que demuestre todo el tiempo, sin darse tregua, que es sensible y bueno y considerado porque es posible que no lo sea, y está bien que no lo sea. Y como no está en su naturaleza ser así, le sale algo torpe e invasivo, unos gestos forzados, como si estuviera golpeando los límites con un bastón blanco.

Un hombre así tampoco manda un mensaje que dice: “Te mando un baldazo de besos, una pila de abrazos, una carretilla de mimitos, 55 minutos ininterrumpidos de caricias por tu lindísimo órgano más grande que extraño desde hace ya una semana. Beso grande, bombonazo”.

El mensaje es cariñoso, sí, es cariñosísimo. Que me haga resoplar de fastidio leer “un baldazo de besos” y “una carretilla de mimitos” habla muy mal de mí. Que me asquee que él le diga “tu lindísimo órgano más grande” a mi piel también habla mal de mí. Todo habla mal de mí. ¿Por qué “55 minutos”? ¿Por qué no “un rato largo de caricias”, sin especificar cuánto rato? Y entonces yo podría completar con el rato que quiera, o no especificar nada y dejarme llevar. Me pregunto si este hombre será de los que mi madre llama “un tipo bárbaro”. Cada vez que nos encontramos me habla de mujeres divorciadas como yo, divorciadas más recientes, mucho más recientes, que conocieron un tipo bárbaro. No me habla de mujeres que se someten a maridos que las ignoran, las engañan o las fuerzan con hábiles estrategias a renunciar a sus deseos más profundos. Tampoco me habla de mujeres que escriben o pintan o crean y son reconocidas. Me habla de mujeres que conocen tipos bárbaros y son felices y comen perdices. Cada vez. Y puede ser que él haya sido un hombre árbol solo por ese rato, solo en esa fiesta de cumpleaños, solo porque yo necesitaba apoyarme en él. Y que eso haya sido suficiente. Y que no debería haberle pedido nada más nunca más.

Hay que fingir la anarquía hasta creértela de verdad. Establecer relaciones de uno en uno, no sentir que tenés derechos sobre nadie, no poner etiquetas. Agustín era así. El problema empezó cuando a mi cuerpo se le ocurrió ponerse a extrañarlo sin mi consentimiento. Me hubiera cortado la lengua antes de reclamarle nada. Él era como una cabrita feliz en la montaña, brincaba de acá para allá, le gustaban los hombres y las mujeres, solos, en grupo, atados, disfrazados, desnudos, jóvenes, viejos, flacos, gordos, blancos, negros, amarillos. Nunca le pregunté cuántas veces por semana, por día, dónde, con quién. En la anarquía de las relaciones no se preguntan esas cosas. Sin título de novia oficial ni de esposa no hay reclamos. Y está muy bien que así sea. Yo adhiero. Lo que más me gustó de él fue que me dijera la verdad desde el primer día. Ya lo dije, no me gusta que me mientan. Me dicen la verdad y desde ahí vemos cómo hacer. Pero lo empecé a extrañar. Y me fui poniendo triste. No quería estar con otros hombres porque me gustaba mucho él. Ahí la anarquía se fue al tacho. ¿Qué anarquía iba a ejercer si mi cuerpo solo quería estar con él?

En unos años a lo mejor el cuerpo afloje con lo de extrañar. Si mi memoria sigue empeorando, a lo mejor mi cuerpo ni se acuerde de extrañar.

Estuve años con un hombre que me hablaba siempre de los pezones copita. Yo nunca en mi vida

había oído hablar de los pezones copita. Me miraba los míos en el espejo para ver si eran copita o no eran copita. No le iba a preguntar a él. Me hacía la que no me importaba para nada saber qué eran los pezones copita. Hasta que no pude más y le pregunté. Y me trajo una foto. Sí, nada que ver con los míos. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que siempre se buscaba algo de las otras que yo no tenía para decirme que eso, justamente eso, lo volvía loco.

A veces me lo imaginaba parado en una montaña de escombros hecha de partes sueltas de las otras mujeres. No había ni una mano, ni un pie, ni una teta, ni una espalda, ni un hombro, ni un cuello, ni una nuca, ni una oreja, ni siquiera el lóbulo de una oreja parecidos a los míos. ¿Qué era yo para él? No sé por qué me puse a hablar de él. Todas esas mujeres que no eran como yo me hacían desaparecer. Será que no quiero desaparecer nunca más.

A veces, con ciertos hombres me fascino cuando conversamos. Me veo envuelta en algo que no sé bien lo que es pero se veía como una bola con cuatro brazos, cuatro piernas, tal vez dos cabezas. Dos cabezas para besarse, no para pensar cosas diferentes porque hay algo de voraz en mí que quiere comerse las diferencias. No me llevo bien después ni con el afuera ni con los demás como testigos de la bola. Cuando hay otros la bola no puede armarse, me cuesta más estar con ese que hasta hace un rato era parte de mí. No manejo bien las medidas ni las distancias. O estoy así de cerca o quiero volver a mi soledad hasta juntar fuerzas para salir otra vez a la pesca de otros con los que armar la bola. Soy una mujer sola que va por la vida armando bolas con hombres que también huyen.

Ninguno de ellos debe entender muy bien qué le pasó cuando va poniendo espacio o tiempo entre él y yo. Los miro después, tan ajenos. Frente a lo que pasó en ese rato de absoluta fascinación toda otra forma de estar parece pobre o mediocre.

En la bola se mueve lo esencial. ¿Quién va a tener ganas después de andar lidiando con los detalles aburridos de lo cotidiano?

O tal vez, después de todo, el verdadero problema se relacione con el síndrome Bolshoi. El síndrome Bolshoi es imaginar siempre grandes cosas, las cosas más maravillosas que me puedo imaginar. Mil bailarines en escena, la sinfónica, trajes bordados con hilos de oro, cortinados de terciopelo, palcos llenos. Una vez fui a un circo de pueblo. El elenco estaba formado por dos gorditas con medias de red con agujeros y un viejo acróbata piel y huesos. Padre e hijas. El acróbata se presentó a sí mismo a los gritos y se tambaleó por la escalera hasta el trapecio. En el aire rejuveneció, pero las patas flacas le temblaban cuando bajó la escalera y en la reverencia final temblaba más, parecía que iba a quedar como una montaña de huesos. Una de las gorditas subió a la tela, enroscó el pie empanada, soltó los brazos y se dejó caer, cabeza abajo, y el padre acróbata devenido asistente la empezó a hacer girar. Giraba y giraba en vueltas cada vez más amplias. Mientras, la gordita hermana andaba en bicicleta por alrededor de la pista. Una écuyère de bici. La de la tela se bajó con la cara verde del mareo y se fue para atrás de la cortina haciendo eses. Yo soy esa gordita. Pienso que soy la acróbata de circo más grande del mundo y soy esa

gordita. Y no sirvo para estar cabeza abajo ni para dar vueltas. Me mareo. Y no me gusta cómo me quedan las medias de red. No sé qué espero del que hace girar la tela. No sé qué espero en general.

El acto central del circo eran dos elefantitos bebé de cuarenta centímetros de alto. Se sentaban, se paraban, daban unas vueltas a la pista y se ponían en dos patas con la trompa colgando hasta rozar el piso. Para mí eran a todas luces elefantitos bebés. Pero por entre los agujeros raídos del traje de peluche, asomaba el pelo hirsuto y gris de dos schnauzer enanos. La fuerza que hice para no ver los perritos dentro de los trajes de peluche. El Bolshoi es eso: pedirles a unos perritos que sean elefantes. Sí, debe ser ese el verdadero problema. O tal vez no.

Tal vez no sea que pido demasiado. Tal vez sea que no me gustó mucho. O que me gustó tanto que quiero que el otro coincida conmigo, que sea como yo, que me quiera como quiero yo, que le gusten las mismas cosas, que sea como yo me lo imagino.

Yo hubiera querido festejar las bodas de oro. A lo mejor antes no lo pensé así, tal cual, pero ahora que estoy segura de que no va a pasar, sé que sí, que me hubiera gustado. Mucho.

Tal vez el problema no sea que soy implacable. Tal vez el problema sea otro. Otro que ni se me ocurre.

Los hamsters

1

—Yo una vez, hace años, qué hará, tres, cuatro años, hice un taller de sexo sagrado.

—Un taller de sexo sagrado.

—Era un taller para acceder a estados de conciencia más elevados a través del sexo.

—No me cambies de tema.

—No te cambio de tema. Es parte del tema. Para vos todo pasa por si se te para o no se te para, o si acabo o no acabo. Allá no es así.

—¿Allá dónde?

—En Oriente. El sexo sagrado es en Oriente.

—El sexo es igual allá que acá.

—No. Dejame que te cuente.

—No me importan los orientales, Lucía. Soy un occidental hecho y derecho. Me vas a volver loco.

—¿Vos querés que yo te cuente el taller de sexo sagrado o no?

—No estoy muy seguro. ¿Con quién fuiste?

—Sola. No era en parejas. No era *necesariamente* en parejas. Pero había parejas. A mí me tocó trabajar con el marido de una mujer embarazada. Un alemán.

—Uh, los alemanes.

—Ella estaba ahí también. Con su panza de siete meses. Trabajó con un pendejo que estaba un poco impresionado con la panza.

—Me imagino.

—La cosa era así. Te ponías de a dos y tenías que conectarte. Tenías que tomarte tu tiempo, mirarte, preguntarte realmente cómo acceder al otro. No estamos acostumbrados a mirarnos con otros ojos que no sean estos. Y es necesario mirarse con otros ojos.

—¿Con este ojo se puede?

—Asqueroso, voy a hacer como que no te escuché. El alemán me pescó al vuelo. Yo estaba... Ponete acá, en posición de loto. Dale. Acá. En posición de loto. El alemán se quedó enfrente y me miraba. Me miraba.

—¿Y vos qué hacías?

—Yo tenía que estar en mí. Vos sos yo. Tenés que estar en vos.

—Yo soy vos.

—Sí, pero tenés que estar en vos.

—Qué complicado.

—No, dale. El alemán se acercó y empezó a acariciar mi aura. Así, bien cerquita, todo el contorno, pero sin tocarme. ¿Qué sentís?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Bueno, yo estaba muy conectada. Esa era exactamente la manera en que yo quería que se acercaran a mí.

—¿Te lo querías bajar al alemán?

—No entendés nada.

—Explicame.

—Era un ejercicio para captar que hay otras maneras de acercarse. Entre otras cosas ellos fomentaban la penetración suave, o sea, era mejor que el hombre no estuviera al palo. Nos mirábamos y respirábamos juntos y tenías que ir coordinando para elevar la conciencia. No había que besarse, no había que tocarse los genitales. Respirabas.

—Y vos te pusiste a respirar con el alemán con la mujer embarazada ahí. Y ella respiraba con su pendejo. Y todos respiraban. Qué felices. Qué sagrado.

—No te burles. No practicamos el acto en sí. Te estoy diciendo lo que nos enseñaron. La teoría. Nos enseñaron algunos ejercicios como ese. Después en otro ejercicio tenías que acostarte. A mí me tocó con una chica muy linda. Acostate. Dale. Acostate. En el piso, mejor. Ves. Yo me arrodillé y la iba recorriendo. Así. La topaba así, despacio. Vos sentí. Yo tengo que tratar de conectarme con vos así. ¿Ves? Y me voy cambiando de lugar. Sentí lo que hago y más allá de lo que hago. No sabés lo que fue. Yo sentía que estaba... ¿Y?

—Sentías que estabas...

—No, decime vos primero. Qué sentiste.

—Sentí que estaba con un carnero con enagua de seda que me topaba las costillas.

—No te metiste para nada. ¿Ves? Es lo que yo te digo. Estás lleno de prejuicios, de ideas previas de cómo tienen que ser las cosas. Sos un típico occidental. Todo tiene que tener un propósito, un resultado. La cosa no era acabar, la cosa era que el sexo es la posibilidad de acceder a lo sagrado.

—Estamos fritos, entonces. Porque así como venimos no le vamos a ver nunca la cara a Dios.

—¿Por qué te hacés el elemental si no sos elemental? Tenés demasiada ansiedad. No me das espacio. Yo necesito espacio. Yo necesito mis tiempos. ¡Salí! ¡No me escuchás una sola palabra!

—Te hago los pases, mirá. Weeeehhhh. No te toco. Weeeehhhh. El aura. El aaaaaaura.

—No te tomás nada en serio. Igual hoy capaz que no sería así, como con el alemán. Porque con el alemán fue eso, pero eso era con él. Con vos hay que ver. Si no me das tiempo, no sé.

—O sea que te curtiste al alemán.

—No, Momo. Qué cuadrado sos. Si te dije que no, es no. Hice los ejercicios y me di cuenta de muchas cosas. Aprendí a respetar mis tiempos.

—Lo que pasa es que con tus tiempos se nos acaba el turno. Me voy a fundir si te sigo dando tiempo. La otra vez fue el cuento del zorro y el principito. Hoy son el alemán y el aura, ¿con qué me vas a venir la vez que viene? Y mientras, tengo los huevos en la garganta.

—Ah, no. Qué adolescente. Es tan adolescente que no lo puedo creer. No me vas a hacer sentir culpable.

—Eso es obvio. ¿Tu psicóloga qué dice?

—Mi terapeuta me dice que me conecte con mi deseo.

—Justamente. Estamos de acuerdo.

—No, no están de acuerdo. Vos te querés imponer.

—Yo no me quiero imponer, Lucía. Me encantás. ¿Cómo tengo que hacer? Lo que quiero es coger. No imponerme.

—“Coger”, así, en abstracto. Da lo mismo con quién.

—Perdón. ¿Con quién estoy acá?

—Dijiste “coger”, no “cogerTE”.

—Coger TE. Te. Te. Te.

—¿Vos preferís que finja? Si vos querés, finjo. Total. Me dejo hacer y gimo un poco como a vos te gusta y listo. Vos lo querés convertir en un trámite, lo convertimos en un trámite.

—No, mi amor. No quiero un trámite. Tomate tu tiempo. Andá a la psicóloga, a talleres de lo que quieras. Hacete tántrica. Hacé lo que quieras. Dame un beso. Vení. Dios mío, teléfono puto. Tiempo. Se acabó el turno.

2

—Mi hamster estaba preñada. Yo tenía diez años, pero sabía que cuando nacieran las crías se las iba a comer. Hacen eso cuando están en cautiverio. ¿Vos sabías? Parió mientras yo estaba en el colegio. Cuando llegué a casa vi que el aserrín se movía en una esquina de la jaula. Me acerqué, y escondida en el aserrín había una cría así. Me entraba en la palma cerrada. Se quedaba ahí, toda calentita, medio pegajosa. No sabés cómo temblaba. La rescaté, pero cada vez que le acercaba un poco de leche, el olor la volvía loca de terror. El olor de la leche era para ella el olor de la madre. Yo le mojaba el hocico en el plato y ella salía corriendo a esconderse.

—No entiendo.

—¿No entendés? La madre era la muerte. La leche era la muerte. La madre se había comido a todos sus hermanitos. Ella lo sabía. Su instinto lo sabía.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—La madre tiene que ser el amor, la vida. Si no, el amor queda ligado a la destrucción.

—Me supera.

—Le di leche con un gotero. Así se fue salvando. Gota a gota.

—¿Vos querés que yo te dé leche con gotero?

—Te burlás.

—No me burlo, pero la verdad es que todo este cuento del hamster. Aflojá.

—No puedo.

—Yo te quiero comer. Es verdad. Pero no como la mamá hamster, a ver si me entendés. ¡Te escucho pensar, Lucía! ¿Cómo vas a estar cogiendo y pensando en hamsters?

—No estaba pensando en hamsters.

—Mirá lo que traje.

—¿Qué trajiste? ¿Qué es esto?

—Un anillo.

—¿Y para qué sirve?

—Va en la pija. Y vibra. Sacale el plástico y ponete las pilas. Yo me voy a dar una ducha.

—¿Una ducha?

—Me hiciste chivar con el cuento del hamster. Quiero gustarte.

—Me gustás.

—No tanto.

—Sí. Mucho.

—Ya vengo.

—Este plástico es una mierda. Ay. ¿Me oís? ¿Dónde van las pilas?

—En el compartimiento de las pilas.

—¿Hay que hacer mucha fuerza? Uy. Me parece que lo cagué. Qué ducha rápida.

—¿Cómo que lo cagaste?

—No sé. Hice fuerza y me parece que no iban así.

—¿Qué hiciste?

—Yo las empujé acá adentro. ¿Ves?

—Pero no les sacaste el plástico. Las metiste todas juntas. Como un bodoque.

—¿Lo rompí?

—¿Tenés una pinza?

—Me parece que no. Esperá que busco. ¿Una lima?

—Insertar la punta de la lima entre el bodoque y el receptáculo. Hiciste mucha fuerza, Sansón.

¿Y ahora por qué llorás? ¿Otra vez los hamsters?

—Hago todo mal.

—Bueno, bueno. Nos puede ir bien sin juguete. Fue una idea. No tiene ninguna importancia.

—¿Era muy caro?

—Una fortuna.

—Dámelo.

—No. Basta. Lo arreglo en casa. No, te dije. Devolvémelo. Pará. Bajá de la cama. No voy a correrte por el cuarto. Dámelo.

3

—¿Qué es esta mina con cola de víbora, Lucía?

—Una lamia. Son seres fantásticos de la mitología grecorromana. ¿Viste qué impresionante?

—Nunca las había visto. Pero ¿qué tiene de la cintura para abajo? ¿Qué es esto? ¿Una boa constrictora?

—Una víbora cascabel. Es mitad mujer y mitad víbora ¿No ves en la punta de la cola?

—Impresionante. ¿Y el corsé de metal? Me muero. Pero te enrosca con la cola, ¡mirá lo que es! Es larguísima, te enrosca y te ahoga. Vas a traumatizar a tus alumnos.

—Mirá esto que compré para que los chicos escuchen el sonido de la víbora cascabel.

—A vos te van a echar de ese colegio.

—¿Por qué? ¿Por hacerlos pensar? Esa es la fantasía masculina. Los hombres nos tienen terror. Piensan que después de coger los vamos a mirar con el ojo facetado y nos los vamos a comer crudos. La vagiinaaaaa dentaadaaaaa.

—Yo no tengo esa fantasía.

—Porque yo no me tiro encima tuyo.

—¿Qué tiene que ver? Ojalá te tiraras encima mío.

—Todos tienen esa fantasía. Mirá. Mirá este cuadro de Dalí. Es como una mantis religiosa esta mujer. Mirá De Kooning. Mirá. Escuchá: *Oh, vírgenes, oh, monstruos, oh, demonios, oh, mártires, / De toda realidad desdeñosos espíritus, / Ansiosas de infinito, devotas, sátiras, / Ya crispadas de gritos, ya deshechas en llanto. Vosotras. Bla bla bla... Os amo. ¿Qué nos va a amar? Y os ruego compasión.* Escuchá esto: *por vuestras penas sordas, vuestra insaciable sed. ¡Vuestra insaciable sed! Y las urnas de amor que vuestro pecho encierra.* Urnas de amor. ¡Urnas! ¿Te das cuenta?

—Bueno, agarrátelas con Baudelaire, no conmigo.

—Mirá. Lujuriosas, lascivas, insaciables, descontroladas, voraces, depredadoras. Las lamias, celosas de las mujeres con hijos, las estriges, las amazonas que se hacen fecundar por extranjeros

y matan a los hijos varones, las bacantes, las mujeres caníbales. Mirá estas brujas de Goya con esos bonetes, peladas. Mirá como están enredadas en el cuerpo del hombre, cómo lo chupan. Mirá esas bocas.

—Confesá que te calientan. Un poco te calientan.

—¿La esfinge! La mujer que los interroga y puede cuestionarles su relación con el mundo, hasta su relación con su propio cuerpo. Les cuestiona esto, esto.

—Saque la mano.

—Ustedes no soportan a una mujer que realmente desee.

—¿Ustedes? ¿Yo que tengo que ver? Calma, mi amazona, calma.

—*Son húmedos mis labios y conozco la ciencia / de perder en el fondo de un lecho la conciencia / Para quien me contempla desnuda y sin velos / reemplazo al sol, la luna, las estrellas.*

—Bajate del sillón, desnudate y te digo si reemplazás al sol, la luna y las estrellas.

—¿Vos te das cuenta del terror que le puede dar eso a un hombre?

—Y dale con el terror. Vení, mi lamia. Acá hay un culo muy lindo. No es como el de la lamia. ¿Y acá? No. No es una lamia.

—A mí lo que más me preocupa es tener yo misma esa idea de las mujeres, de mí como mujer. Porque yo o me someto o me creo así, una fuerza de la naturaleza.

—Sos una fuerza de la naturaleza.

—No. No soy una fuerza de la naturaleza. Siempre me dejé someter. Siempre elijo someterme.

—Bueno, se ve que conmigo decidiste cambiar de estrategia, por una cosa o por otra, te la meto cada muerte de obispo.

—¿Me estás reclamando?

—Y. Sí. La verdad es que a esta altura casi preferiría que me la cortaras con la vagina dentada.

—Con los dientes como estiletes.

—Con lo que sea. ¿Cuánto vamos? Uno, dos, cinco, siete, doce.

—¿De verdad te parece que me van a echar?

—Vení. Deberían echarte. Les vas a dañar la psiquis a esos chicos.

—Los estoy ayudando a reflexionar.

—Los estás traumatizando. Como a mí. Vení que te lamo, lamia.

—No. No. Tengo que terminar la clase. Tengo que preparar la clase. No puedo ahora.

—Qué lo parió.

—La música que pusieron para el ejercicio era “Ne me quitte pas”. La conocés. *Ne me quitte*

pas, il faut oublier tout peut s'oublier, la la la la. Ne me quittes pa. Moi je t'offrirai. Mm mm mmmmm mmm. No me dejes. Dejame ser la sombra de tu sombra, la sombra de tu mano. ¡La sombra de tu perro! Él le ofrece cruzar la tierra antes de morirse para cubrirle el cuerpo de oro, le ofrece contarle cuentos, un Sherezade hombre. La versión de Jacques Brel en Internet te mata. Lloro y se le escapan los mocos. A mí cuando lo escucho también.

—Me estabas contando del ejercicio.

—Sí. Ya sé. Es que ¿vos viste lo que es esa canción? ¿Y la versión de Edith Piaf? Te morís. Pusieron esa música y yo me volví loca. En un momento me tiré al piso y me empecé a arrastrar. Estaba para el tacho de basura. Y me topé con este compañero del seminario.

—¿El seminario del yo rechazado o el seminario de la niña herida?

—El de la niña herida. No me estás prestando atención.

—Sí te estoy prestando atención. Es que hace un rato que empezaste. No me acordaba de cuál estabas hablando.

—El del yo rechazado fue hace años.

—Fue hace dos meses. El fin de semana que fuimos a los Jardines de Babilonia.

—Bueno. ¿Querés saber lo que me pasó o no?

—Dale. Estabas muy mal, ¿y?

—Me venía arrastrando por el piso como los soldados de Vietnam. Desesperada. No me dejes. Venía con eso, con el abandono terminal. Y me topé con mi compañero. Él estaba en su mambo, tenía un mambo tanguero, medio de compadrito, era un poco asqueroso con las minas. Perfecto para lo que yo estaba haciendo. Imaginate la escena: él todo arrogante ahí parado en medio del salón y yo que venía arrastrándome como una cucaracha despechada y me encuentro con sus pies. Le empiezo a subir por las piernas. Me estaba muriendo. Metida en el dolor hasta acá. Lloraba como loca. Vos nunca hiciste estas cosas, pero estás hasta acá. Esa ES tu realidad. Entrás en otro estado de conciencia. Te dejaron y te estás desangrando.

—Agradable.

—La cosa es que le empiezo a subir por las piernas y lo iba tocando, iba subiendo. Y le toco las pantorrillas, así, y subo. Es un tipo grandote. Pantorrillas peludas, macizas. Cuando le toqué los pelos me bajó la ficha. Esas pantorrillas no me coincidían para nada. Yo creía que estaba llorándole a un tipo. Pero no. Esos pelos. Le estaba llorando a una mujer.

—¿Te bajó la ficha de que te gustan las mujeres?

—No. Era a mi madre.

—Te bajó la ficha de que te gusta tu madre.

—Sos cuadrado, Momo. A la que le pido que no me abandone es a mamá. ¿Entendés?

—A la hamster.

—Mezclas todos los cuentos.

—¿Te gusta cómo me queda el disfraz de emperador romano?

—Te quedan chicas las sandalias.

—Es que tengo pies muy grandes. Manos muy grandes. Todo muy grande.

—Te estoy contando una revelación que tuve que pesa en forma directa sobre lo nuestro y vos te lo tomás a la chacota.

—Me siento profundamente agradecido a Zeus por haberte iluminado, pero yo estoy en el Imperio. Freud no había nacido.

—Eso dice mi madre. Que Freud no había nacido. Y Freud nació como un siglo antes que yo.

—Tu madre merece ser devorada por los leones, ¿me darías unas uvas?

—Tenés la lengua suave.

—Más. ¿Y ahora qué es lo que pasó?

—Esas sandalias. Son lo menos sexy que vi en mi vida. Sos como el de una película porno que vi que el tipo no se sacaba las medias.

—Me las saco ya mismo.

—Eran medias de nylon, marrones. Se le iban cayendo. El culo blanco, con unos pelos largos, sobresalía entre las piernas abiertas de la mina. Ella tenía celulitis. Atrás se veían las patas de unas sillas de plástico y el piso era de linóleo, ¿viste ese linóleo que tiene como salpicado? ¿Como si se te hubiera volcado, no, como si hubieras estornudado leche?

—La puta madre con estas tiras. ¡No me puedo sacar las sandalias!

—Lo filmaban de atrás, un poco de costado. Las medias quedaban en primer plano, medio salidas, la punta flácida de la media era tan deprimente.

—¡No! ¿Otra vez se nos acabó el turno? Ayúdame a desatar esto, Lucía.

—Voy.

5

—La palabra está gastada.

—Pero no hay otra.

—Los griegos tenían cuatro palabras distintas por nuestra única palabra.

—¿Qué es esta salsita?

—Es un dip.

—Está buenísima. Chupame el dedo. Así es mucho más rica que con papas fritas. ¿Había una palabra en griego para las ganas de lamer al otro?

—Si. Era una palabra para el amor más básico.

—Me gusta básico.

—Era el amor de las ganas de oler al otro y de lamerlo. Como los perros. Y había otra palabra que también incluía eso de oler y lamer, pero era más devorar al otro. “Eros”. Ellos creían que los

deseos del cuerpo eran buenos, no una expresión de maldad.

—Yo también. ¿Quién no?

—Tu madre.

—No te metas con mi mami. Tiene un gustito de fondo. ¿Qué le pusiste?

—Yogur, mayonesa y curry. Después está el amor de los amigos y más arriba de todo, el agapé.

—Te recomiendo este sanguchito. ¿De dónde son?

—De acá a la vuelta. ¿A vos te interesa lo que te estoy contando?

—A muerte.

—Eran unos genios los griegos.

—Pero mi toga en el telo temático no te calentó.

—Tus *sandalias* no me calentaron. Y eran romanas, no griegas.

—Y al alma qué le importan las sandalias.

—A lo mejor nuestro amor no es del alma.

—Sí que es del alma. Para mí es hasta el alma.

—¡Epithymia!

—¿Qué?

—La palabra de los griegos para el amor de olerse.

—No levantes la bandeja. Yo creo que da para eros ahora, ¿no? Pará que te ayudo. Pesa mucho.

—Agapé es la mejor. “Te amo tanto que lo único que quiero es que seas quién sos aunque eso signifique que tengas que dejarme”. Amar y dejar libre.

—Esa le sale solo a Sting. La tiene clara Sting. Aunque a mí me da un poco de cosa las ocho horas sin acabar.

—Es sexo tántrico, Momo.

—Sí, bueno, pero no sé.

—Me duele.

—¿Dónde?

—Acá, bien en la boca del estómago.

—Pobrecita.

—Me duele mucho.

—Helicobacter Pylori.

—¿Qué?

—Helicobacter Pylori. Es una bacteria. Vive en el estómago del cincuenta por ciento de la gente del planeta aunque muchas personas nunca lleguen a enterarse. Las que se enteran, se enteran. Se les inflama la pared del estómago, tienen gastritis, úlceras y hasta cáncer de estómago.

—¡Cáncer de estómago!

—No dije que tenés cáncer de estómago, Lucía, no te preocupes.

—¿Y vos cómo sabés que no tengo cáncer de estómago?

—Porque sé. Pero helicobacter, a lo mejor tenés. El jugo gástrico mata casi todos los virus y bacterias que entran a nuestro cuerpo con la comida, pero a la helicobacter no.

—No me gusta hablar de esas cosas.

—Vive sobre la superficie de la mucosa gástrica.

—¡Qué palabra asquerosa!

—¿Cuál?

—Mucosa. Las dos. Gástrica también.

—A mí me gusta mucosa.

—A vos te gusta flujo, que es inmunda.

—No me parece inmunda. La bacteria está ahí, asintomática, como la tenías vos. Y de pronto, empieza, ¿no? Como recién.

—No me interesa saber cómo funciona mi cuerpo.

—La transmisión es por contacto feco-oral.

—¡Qué asqueroso sos!

—Ahora se descubrió que también se instalan en la placa dental.

—¿Ves lo que hacés? ¿Ves que sos inmundo?

—¿Y ahora qué hice?

—Decís contacto feco-oral y placa dental en un espacio de tiempo ínfimo. Yo creo que la helicobacter no tiene nada que ver. Es el tema de la bisagra.

—¿De qué bisagra?

—El tercer chakra, la bisagra entre lo de abajo y lo de arriba. Me anda mal. No deja que se comuniquen.

—¿Querés que te diga qué es lo que realmente te relaja?

—¡Qué idea fija que tenés!

—¿Qué sabés lo que te iba a decir?

—Te conozco.

—Tratá de dormir. Te va a relajar.

—No me ibas a decir eso.

—Sí te iba a decir eso.

—Mentiroso.

—Te iba a decir eso.

—Cómo mentís.

—No me conocés.

—Sí te conozco.

—No.

—Sí.

—¿Tanto te duele?

—Mucho.
—Sana, sana culito de rana.
—Idea fija.
—¿Qué?
—Te conozco.
—Ssshhh, dormí.

6

—Me hacés cosquillas, Lucía.
—Sssshhhhh. Podés abrir los ojos, pero no del todo. Me tenés que mirar como si estuvieras en otro estado de conciencia.
—¡Oh, no! ¡Me va a comer!
—No te metés. No te metés para nada. Te pedí que hicieras el taller. No sabés cómo se pusieron los hombres en el taller. Tenían terror de verdad.
—Lamento informarte que esos tipos con los que te cruzás en tus talleres no son normales. Te pediría que no me compararas más con ellos porque para mí son de otro planeta. ¿Les miraste el dedito?
—¿Qué dedito?
—El dedito meñique. Si lo tienen así derecho son invasores que quieren dominar a los terrícolas.
—Vos porque no te metés. Si te metieras podrías tener algún insight y entenderías mejor.
—Pero sí que tuve una revelación fundamental, un insight.
—¿Cuál?
—¿Cómo saben tus compañeros que el mantis religioso tiene miedo? A lo mejor ni sabe lo que se le viene. A lo mejor está entregado, feliz de cumplir con su función reproductiva. Esta gente tuya asume demasiadas cosas sobre la vida.
—Hay un tipo, un americano, que investigó parejas durante años para entender el funcionamiento. ¿Sabés dónde ponía el foco de su investigación? En el desprecio. Cuando en una pareja hay desprecio, las cosas no duran.
—¿Y eso a qué viene?
—“Esta gente tuya”. La burla es una forma de desprecio.
—No te burlo. De verdad. Me gustaría que te dieras cuenta de que algunas de las cosas que hacés son un poco...
—¿Un poco qué?
—Prefiero las Amazonas. Me gustan las mujeres que cabalgan.

—Se cortaban una teta para que no les entorpeciera el uso del arco.

—No se te ocurra anotarte en un taller de amazonas, entonces.

—¿Ves?

—¿Ves qué?

—Tu desdén.

—Si hay algo que no siento por vos es desdén. ¿Querés hacer la mantis? ¿Querés que probemos otra vez a ver si me aterro y entiendo lo que se oculta en el fondo de mi inconsciente? Dale. Dale. Hací la mantis. Vení acá abajo. ¿Cómo es? Él la monta y ella a último momento se da vuelta y le come la cabeza, ¿no? ¿Cuántas terapias hiciste? Lacaniana, junguiana con el viejo loco que tenía la pajarera en el jardín, la otra, la de la escuela de conocimiento donde te encerrabas fines de semana enteros a leer al polaco que hablaba de alegría-amor-felicidad. Nada menos. Magnified Healing y reiki con las monjitas que hablaban con la virgen y hacían llamados a la comunidad para trabajar en la huerta, pintar la casa y rasquetear los troncos de la glorieta hasta dejarte con los brazos acalambrados. Mano de obra gratis a cambio de transmitir los mensajes de la Inmaculada Concepción. Danzas sagradas, danzas profanas, zazen, terapia de flores, de cristales, de angelología, de vidas pasadas, constelaciones familiares. ¿Qué es lo que te pasa?

—Hollywood me engañó. Y encima me tengo que mudar.

—¿Es eso lo que te pasa ahora? ¿La mudanza? Hace un rato no parecías muy preocupada por la mudanza.

—Pero estoy. Estoy muy angustiada. Yo no puedo vivir en esos departamentos. ¿Cómo voy a hacer? Esa gente ama todo lo que yo detesto, las guardas, los empapelados de rayas doradas, los baños con cerámicas marrones. Los vanitories. Una vez me enamoré de un hombre que entrevisté para hacer un trabajo. Nos habíamos encontrado en un bar y él tenía una remera blanca de manga corta. Estábamos hablando de algo, no me acuerdo de qué, y él se enrolló la manga sobre el hombro, así, como quien no quiere la cosa. Tenía la piel más blanca del mundo. Me quedé hipnotizada. Lo único que quería hacer era acariciarlo. Quería besarle la piel. Me imaginaba los labios contra esa piel blanca. Estuve meses escribiéndome mails con él hasta que lo logré. Me citó en su departamento. Cuando me abrió la puerta pensé que me moría ahogada de las ganas que le tenía. Ni sé qué nos dijimos. Seguramente dimos vueltas, lo habré dejado que me muestre el departamento. Pero la cosa es que en un momento estaba montada sobre su cuerpo blanquísimo, lo abracé con las piernas y con los brazos y sentía la piel de su espalda contra la piel de mis antebrazos. Era la gloria, te juro. Detrás de él, todo a lo largo de la pared, había un mueble que se perdía por el pasillo. Yo lo había visto en la recorrida. Un mueble amurado, pintado a la laca, rosa viejo. No terminaba nunca, entraba a su cuarto, era biblioteca, mesa de luz, respaldo de la cama, estante. Un monomueble rosa viejo laqueado. Tuve que hacerme la que no me importaba, cerré los ojos, pero el mueble seguía ahí. Siguió ahí cada vez que nos encontramos.

—¿Y eso en qué terapia lo viste?

—Qué cosa. Lo que vi fue que los dos éramos huérfanos de aprobación materna, dos muertos de hambre que repetíamos el vínculo desastroso con ellas en cada una de nuestras relaciones.

—Mi madre que yo sepa te cae bien. No tengo la piel tan blanca ni tan fina, es verdad, pero no tengo ningún monomueble.

—¿Por qué te comparás?

—¿Por qué me hablás de este tipo?

—Te estaba tratando de explicar.

—No quiero que me expliques nada, Lucía.

—No te interesa mi vida.

—Me interesa tu vida. Me interesa muchísimo tu vida.

—Yo le despertaba rencor. Él no se daba cuenta, pero yo lo percibía. Estaba furioso. Debajo de su melancolía estaba furioso. Cuando no podía más de furia me daba un palazo.

—¿Te pegaba?

—No. No me pegaba. Me acusaba de cosas que yo no había hecho. Me interpretaba como si él supiera mejor que yo misma quién era yo.

—Bueno, eso no es tan difícil.

—¿Eso qué?

—Nada. Nada. ¿Y qué pasó?

—Decidí que nos íbamos a lastimar. Y no nos vimos más.

—Lo dejaste.

—Nos dejamos el uno al otro.

—Pero ¿quién dejó de llamar?

—Los dos.

—Nunca son los dos.

—Algo le dije, pero no hacía falta. Nos leíamos bien.

—Qué es eso de leerse bien. Vos sos el *Upa!* cuando no querés algo.

—Salí, Momo. No me levantes la enagua.

—¡Ay! No me tires del pelo. ¡Lucía!

—Salí entonces. ¿Por qué te vestís? ¿Qué pasó?

—Esto no da para más.

—¿Qué cosa no da para más?

—Este coitus interruptus.

—Te pusiste celoso.

—No sé, Lucía. No importa. Me cansé.

—¿Viste que es difícil el agapé?

—No me vengas con teorías complicadas.

—Te avisé que era complicada.

—Esto no es complicada, es imposible.

—Te dio miedo el ejercicio de la mantis.

—Dale la explicación que más te convenga. Pensá lo que quieras. Vestite. Nos vamos.

—Yo no me quiero ir.

—No te aguanto más. No querías coger en tu casa, fuimos a la mía. No querías en la mía, vinimos al telo. Querías otro telo, fuimos al romano. Querías volver al telo conocido. Acá estamos. ¿Estás asustada? Te entiendo. ¿Tuviste malas experiencias? Ya me pusiste a prueba. No tendré la delicadeza del zorro del principito, pero no te podés quejar. Me gustás, pero esto no va más.

—No sé si te gusto yo. Me parece que te gusta la que vos te imaginaste que yo era. Te gusté porque pensaste que estaba toda la carne al asador. Te gusté porque me acosté con vos el primer día.

—¿No era que los tipos no llamaban más a las minas que se acostaban el primer día? ¿No era esa tu teoría cuando nos conocimos?

—Vos pensaste que yo era una chica fácil.

—No. Nunca pensé que eras una chica fácil.

—¿Y por qué seguís conmigo, entonces? Estoy loca, según vos, no tengo nada que ver con lo que te imaginaste.

—Yo no dije eso. Cuando me besás. Yo también tengo mis teorías. Mirá lo que son estas tetas. Son como cabritas. Y tu olor. A veces estoy en cualquier parte y te huelo. Te huelo cuando no estás. Y esto que tenés acá. Vos no podés saber lo que es para mí entrar ahí. Me querés traumatizar con la vagina dentada. Yo no sentí ningunos dientes ahí. Es tan suavcita, tan caliente. Yo ahí adentro soy feliz. Dale.

—Turno.

—Pido otro.

—Apagá la luz, Momo.

—¿Qué estás haciendo? No lo puedo creer. Dame eso.

—¡Devolveme el anillo!

—Esto era para usar conmigo, Lucía.

—Vos estabas durmiendo.

—Me deberías haber despertado. Vos me despertás y yo me despierto. Feliz.

—No me gusta despertar a la gente.

—Me estás jodiendo. Me despertás para contarme tus pesadillas o para que apague el aire

acondicionado, pero no me despertás para esto.

—Está bien. No te despierto más cuando tenga pesadillas.

—No te dije eso.

—Sí me dijiste eso.

—No, no te dije eso. Te dije que me despertás para eso y no para esto. Vos dijiste que no te gustaba despertar a la gente.

—Es verdad. No me gusta.

—Bueno, pero me despertás para otras cosas.

—No te voy a despertar nunca más en mi vida.

—Dios mío. Y encima acabaste. Acabaste, ¿no? ¿Eh? ¿Acabaste? ¿Acabaste? ¿Eh? ¿Eh?

—¡Basta! ¡No sé!

—No me mientas. Acabaste. Te oí.

—Estabas durmiendo. No me oíste nada.

—Te oí perfecto. Acabaste. No lo puedo creer. ¿Cómo hiciste para dejar de pensar? ¿Eh? Conmigo ni siquiera empezás a gemir de lo que pensás. Acabaste. Yo te oí. No lo puedo creer. ¿Y el dolor de estómago? Acabaste. Acabaste.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Sí! ¡Acabé! ¡Acabé! ¡No lo tires!

—¿Por qué? ¿Por qué acabás con el aparatito este y conmigo no?

—¿Dónde cayó?

—¿Por qué? Vení acá. Te estoy hablando.

—No sé, Momo. No sé por qué. Porque es a pilas. Porque no me hace preguntas. Porque no pretende nada de mí.

—¿Y yo qué pretendo? ¿Qué es lo que te pesa tanto?

—No sé.

—Qué mierda voy a hacer con vos. No puedo creer que acabaste.

—Voy al baño.

—Dame eso.

—Tengo que comprar una bombita para la lámpara del baño.

—Tomá el anillo. Quiero que te hagas una paja adelante mío.

—No es igual si me estás mirando. No puedo si me estás mirando.

—Apagamos la luz. Vení. Acostate. Apagamos la luz. No te miro. ¿Y? No prendas la luz, Lucía.

—¿Ves? Estás ahí y estás esperando.

—No estoy esperando.

—Sí estás esperando. Estás esperando que me caliente. Estás esperando que saque la lengua o algo.

—Estábamos a oscuras. Si sacabas la lengua yo no te iba a ver.

—Estás todo el tiempo esperando.

—Quiero que goces.

—No es verdad. No es verdad. Yo estaba gozando de lo más bien y te rayaste.

—Quiero hacerte gozar yo. ¿Está mal que quiera ser yo el que te hace gozar?

—Entonces es narcisismo.

—Ah, bueno. ¿Eso te dijo tu psicóloga?

—No. Lo digo yo.

—Freud libre. Cualquiera.

—No sé si es cualquiera.

—OK. ¿Narcisismo? Me voy a hacer una paja acá mismo. Vos mirame.

—No. Pará. Ahora estamos peleados. Ahora nada va a funcionar. Las mujeres no podemos disociarnos como los hombres.

—Yo no soy “los hombres”. Dejá de hacer teorías. Me tenés harto con tus teorías. ¿Las mujeres no se pueden disociar? ¿Y esto? ¿No querés mejor que te traiga un pepino de la heladera? ¿Tenés uno lo suficientemente grande? ¿Uno que te clave bien clavada? Así quedás toda en la brochette, todos los centros de energía, la bisagra, el cielo, la tierra, el culo, todo en fila en el pepino. Bien clavada. Así vas a ver lo que es no estar disociada. ¿Vos te crees que yo soy pelotudo, que te puedo escuchar hablar de tus novios, de tus talleres, de tus rayes, de tu concha sagrada y después mandarme a guardar como un ángel? ¿Te creés que soy uno de esos gurús de décima que te esquilman? ¿O tengo cara de monjita yo? ¿Tengo cara de monjita? ¿Eh? ¿Ves esta? Está hecha para clavarte toda junta, bien asociadita para que no te me escapes. A ver si lo entendés. Me la vas a terminar cortando. Sí. Pero no con la vagina dentada, con la mente retorcida que tenés. Si estabas probando mi límite lo encontraste. Me voy.

8

—¿Qué hacés?

—Me mudo.

—Eso ya sé, pero ¿qué hacés envuelta en esa manta? ¿Tenés frío?

—Sí.

—Hacen treinta y dos grados. ¿Dónde está mi caja?

—Están. Son dos.

—¿Dos?

—Te puse unos libros. Y había mucha ropa tuya.

—¿Mucha ropa mía?

—Sí. Mucha. Yo tiré ocho bolsas de consorcio de cosas mías.

—Era hora.

—Espero no haber tirado nada de lo que me arrepienta.
—¿A qué hora vienen los de la mudanza?
—Tiré cosas que estaban buenas.
—Alguien las va a aprovechar. No te preocupes.
—¿En serio me vas a dejar?
—Ya hablamos de esto.
—¿Pero es en serio?
—Sí. ¿Pensaste que era un chiste?
—No. Pero podríamos repensarlo, no sé.
—¿Estas dos, dijiste?
—Sí, son esas dos. Me hubiera gustado mucho poder.
—Ese es el tiempo verbal de la paja.
—¿El subjuntivo?
—No sé cómo se llama. El hubiera o hubiese.
—Subjuntivo. ¿Vas a ser mi amigo?
—No creo.
—¿Por qué no vas a ser mi amigo?
—Porque no. No llores.
—Los hombres creen que no existe la amistad entre los hombres y las mujeres.
—No sé.
—¿Qué no sabés? ¿Si existe la amistad entre los hombres y las mujeres o si los hombres creen eso?
—No sé nada. No tengo teorías. No llores, por favor.
—¿Y cuando sea vieja? ¿Querés ser mi amigo cuando seamos viejos?
—Llamame dentro de treinta años y vemos.
—Si me acuerdo el número.
—Si te acordás el número.

El hombre de la grúa

El hombre de la grúa está bien dentro de su cuerpo, sabe su oficio, va de un lado a otro, sube y baja de la grúa de un salto, acomoda los cables. Se puso unos guantes gruesos y endereza las gomas cuando los cables jalan el auto por la rampa, las empuja con el mínimo esfuerzo, con firmeza y suavidad a la vez, como si las gomas del auto fueran un corderito con ánimo descarriado. Tiene una voz grave y alegre, ojos muy negros y una sonrisa de dientes un poco separados. Es un hombre grande, y trabaja desde los catorce años con camiones. Se compró una casa y la fue arreglando. En el cuarto se juntaba mucha humedad y el aire caliente de la estufa a gas se escapaba por los tirantes. Era imposible abrigarse en invierno, y en verano te morías de calor. Era porque a la vieja que se la vendió a él le habían hecho un techo sin membrana, sin aislantes de ningún tipo, y la chapa dejaba pasar el frío en invierno y reverberaba con el calor del verano. Él fue haciendo las cosas, le puso un ventanal al cuarto, un ventanal grande, su señora se queja de algunas terminaciones, de alguna imperfección en la masilla con la que fijó los vidrios, pero no hay más humedad y en invierno con la estufa en piloto se puede estar en remera de manga corta; le amplió el cuarto al hijo, también. Ahora solo le falta el piso del baño. Cuando se agacha para enganchar los cables, se le tensan los músculos largos de los muslos.

Hace años, cuando el hombre de la grúa manejaba el camión con doble acoplado, se sentía solo. La fantasía de que los camioneros tienen muchas mujeres es eso, una fantasía. Tienen si pagan. Yo lo hubiera acompañado cebándole mate sentada en el asiento del copiloto, charlando de a ratos y de a ratos leyendo. ¡Cómo me hubiera gustado! Pero no lo conocí. No eran viajes para hacer con mujer. Él decía Mendoza y la señora, al principio, se imaginaba Mendoza, vino rico, comiditas a la luz de las velas. Pero Mendoza era ir, entregar la mercadería y volver. Ni una caminata con el ruido de las acequias podían hacer. Mejor la grúa.

Cuando nos despedimos siento la pena de no volver a verlo. Podría decirle que quiero volver a verlo, podría darle mi teléfono y decirle que quiero volver a verlo, pero esa idea se me ocurre dos meses más tarde cuando veo una grúa en la calle y me pongo a seguirla con la bicicleta convencida de que es él. Me lleva dos cuadras de distancia y pedaleo como loca, riéndome de mí misma. Si es él voy a sonreírle, si es él voy a decirle que me gustaría verlo otra vez. Si es él voy a volverme una zorra que es lo que siempre quise ¿o no es lo que siempre quise? Y pedaleo y pedaleo y lo veo detenerse un poco más allá. Me acerco, freno por el lado de enfrente de la calle.

¿Es? ¡Es! Me mira. No es, pero yo ya le estoy sonriendo a este desconocido que gira hacia la vereda para ver a quién le sonrío, y ya le estoy haciendo un gesto con la mano, un gesto que viene con la estropada de la emoción de haber pedaleado esas cuerdas pensando que sería mi hombre de la grúa y no este hombre desconcertado que quién sabe qué piensa mientras me ve que vuelvo a aferrarme al manubrio de mi bicicleta y, sin dar ningún signo de haberle sonreído ni de haberlo saludado con la mano levantada, me alejo pedaleando.

La camisa de Lalo

La camisa está colgada del perchero en la pared del fondo del cuartito en el que paso esa semana de vacaciones. La camisa de Lalo. Está ahí el primer día. Yo no conozco a Lalo. Hay fotos de él en su biblioteca, fotos que él mezcló con fotos de antepasados y con fotos de Orson Wells y de Gardel. Si digo camisa a cuadros, camisa leñadora, cuadros rojos y azules, es improbable que alguien se la imagine. El azul es el azul del anochecer, el rojo es un rojo cálido, amable. Ese azul y ese rojo vuelven amable a Lalo. La camisa y su nombre y esas fotos. Lalo se va hasta Alaska en una camioneta con su mujer y su hijita, Lalo pesca desde la orilla, Lalo rema —todos los días, me dicen—, Lalo tiene un mejor amigo de bigotes reclinado contra un sillón. Una vez Lalo estaba en Jujuy y el amigo que vive en El Bolsón se enfermó mucho y Lalo suspendió todo y viajó a verlo. En la biblioteca hay una sección de guías de viaje de lomo verde, alargadas: Portugal, Nord du France, Périgord, Vosges, Pyrénées, Bourgogne, Normandie, Châteaux de la Loire, Pompeya, Roma, Pekín. Un *Gran libro del automóvil*. Una foto de la camioneta blanca con la que viajó hasta Alaska.

La camisa está ahí cuando me despierto a la mañana, cuando duermo la siesta, cuando paso al lado del perchero para ir al baño en el medio de la noche. Una tarde cualquiera la huelo. Hace calor y esa siesta es como tantas siestas de verano de mi vida: un poco pegajosa, solitaria, el vacío en el borde de la cama estrecha. Hundo la cara en la camisa para olerla. Huele a limpio.

En la madrugada del quinto día me despierto con frío. Por los marcos de las ventanas, por debajo de la puerta, desde el baño y desde el escritorio cerrado al fondo de mi cuarto entra un viento patagónico helado. Me levanto todavía dormida y me pongo la camisa. Al día siguiente bajo a tomar el desayuno con la camisa. Mis amigos, que conocen a Lalo, saben que es de Lalo. No se oponen. No dicen nada cuando me ven con la camisa ese día y al día siguiente, mañana, tarde y noche. Durante días voy por la vida enamorada. El día que me voy, en la estación de ómnibus, a último momento, justo antes de subir la escalerilla, me avengo a sacármela. Y es como si acabara de separarme de Lalo para irme de viaje.

Agradecimiento

Quiero agradecerle a Jimena Ríos por haber estado desde el principio, cuando yo todavía vivía en el cuartito-casa, por haber conversado conmigo la génesis de muchos cuentos, por haberme sugerido que insistiera con varios de ellos a pesar de mis inseguridades, por haber leído las diferentes versiones y no haber perdido nunca la fe en que yo puedo contar lo que quiero contar.



INÉS GARLAND

Es escritora, traductora (de Lydia Davis, Sharon Olds, Lorrie Moore) y coordina talleres de escritura creativa. Es autora de libros juveniles, como *Piedra, papel o tijera* (Alfaguara, 2009) — que recibió el galardón de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina) y con el que se convirtió en la primera escritora hispanoparlante en conseguir el Deutscher Jugendliteraturpreis, uno de los premios más importantes del mundo editorial en Europa—, *El jefe de la manada* (2014) y *Los ojos de la noche* (2016). En enero de 2019 obtuvo el Premio de Literatura Infantil Ala Delta, en España, por *Lilo*, de próxima aparición. Alfaguara publicó los libros de cuentos *Una reina perfecta* (2008), distinguido por el Fondo Nacional de las Artes, y *La arquitectura del océano* (2014) y las novelas *El rey de los centauros* (2006) y *Una vida más verdadera* (2016). *Con la espada de mi boca* es su nuevo libro.

Foto: © Hartwig Klappert

Garland, Inés
Con la espada de mi boca / Inés Garland. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-596-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© 2019, Inés Garland
C/O Agencia Literaria CBQ SL
info@agencialiterariacbq.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-596-0

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

Con la espada de mi boca

I

Bloques inseparables

Evitar la ocasión, 1978

La mujer de la esquina de la estación

La colorada

El rumbo

Los ojos que la miran

En el Giulio Césare

II

Evitar la ocasión, 2017

El rapto de las sabinas

A principios del verano

Redoble de tambores

La caja con la ranura

III

Pedazo de mí

IV

La zorra ilusa

Los hamsters

El hombre de la grúa

La camisa de Lalo

Agradecimiento

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos